

CHINA

Y LATINOAMÉRICA

influencia autoritaria y resiliencia
democrática



GAPAC
GOBIERNO Y ANÁLISIS POLÍTICO AC





CRÉDITOS

ISSN 2524-9347

Corrección: Wendy Barnet Rivas.

Portada: Maru Galaviz / Chroma Estudio Creativo



Gobierno y Análisis Político AC

Facebook, Instagram y YouTube:

Gobierno y análisis político ac

Twitter: Gobierno y ap

e-mail: info@gobiernoyanalisispolitico.org

página

ÍNDICE

07

Un mapa para la defensa de la libertad y el pluralismo



Fernando Pedrosa

17

¿Democracia «a la China»? Un mito a debatir



Armando Chaguaceda
& María Isabel Puerta

33

China: estrategias de influencia en América Latina



Max Povse



PRÓLOGO



Latinoamérica: notas sobre la resiliencia democrática.

Introducción a un esfuerzo colectivo

América Latina sufre ahora una creciente ola de izquierda (Maduro, Ortega, Díaz Canel) y de derecha (Bolsonaro, Bukele) con rasgos autoritarios. Una confluencia de ideas, valores y agendas prácticas opuestas a la democracia liberal, se está fortaleciendo dentro de las fuerzas políticas latinoamericanas. En este contexto, las autocracias globales están penetrando en la región, con sus ideologías iliberales y agendas de desinformación, buscando la erosión democrática. Este es el marco en el que impulsamos, desde Gobierno y Análisis Político AC (GAPAC) con apoyo de nuestros contrapartes y aliados locales, el proyecto de resiliencia democrática del que forman parte tanto el presente texto cómo el taller de formación al que tributa.

Ante estos escenarios y tiempos convulsos, debemos reflexionar sobre lo que hacemos, para hacer a partir de lo reflexionado. Pues actuar eficazmente sobre un mundo de ideas y prácticas políticas implica información, sofisticación, creatividad y articulación. *Información* para comprender el contexto y la visión del adversario. *Sofisticación* para conocer los mejores enfoques para fortalecer la resiliencia democrática. *Creatividad* para revisar constantemente las buenas o malas prácticas de uno y de los otros. *Articulación* que nos permita actuar en red y con un plan, en lugar de campañas reactivas y fragmentadas.

La sinergia iliberal entre las autocracias globales y los aliados latinoamericanos está amplificando el alcance y la presencia de Beijing y el Kremlin en América Latina. Los enormes recursos humanos y materiales del Partido Comunista chino -que abarcan las inversiones, los créditos, la formación de personal y la propaganda cultural- sirven para apalancar la agenda de la élite política de ese



país en nuestra región. Seduciendo no solo a sus aliados tradicionales sino también a partidos, empresarios y formadores de opinión cercanos a la órbita democrático liberal. A su vez, en comparación con otras autocracias, las herramientas mediáticas relativamente más desarrolladas y flexibles de Rusia le han dado al país una ventaja en América Latina. Con la invasión de Ucrania, los medios de comunicación rusos han reforzado su presencia como fuente de desinformación en América Latina.

Aunque la presencia directa de Rusia en la academia latinoamericana es menor que la de China (las casas de cultura rusa no son comparables al Instituto Confucio) la afinidad ideológica iliberal en los académicos latinoamericanos respecto a la narrativa oficial rusa es grande e influye en la opinión pública. Hoy vemos la “ambigüedad calculada” (en lugar de una clara condena o defensa) como una actitud presente en varios gobiernos, partidos y segmentos de la opinión pública ante la agresión a Ucrania. “La invasión es mala, pero la OTAN se expandió antes” nos dicen. Lo mismo sucede con la reconcentración de poder y el cierre mayor de libertades -desde Hong Kong a Shangai- en la China de Xi Jinping. “Es que son distintos, es otra tradición e historia” se alega. Como si la democracia - al igual que el autoritarismo- no fuesen fenómenos universales, adaptables a culturas y contextos, pero capaz de florecer en Occidente y Oriente, en el Norte y el Sur globales. Como demuestran, recordemoslo, los vecinos democráticos de Beijing: Taiwán, Japón, Sudcorea, en primer lugar.

Tenemos que conocer y justificar nuestros problemas. En América Latina tenemos nuestros propios deficits con la democracia (su historia y desarrollo) que no son el resultado de la influencia china o rusa; pero estas se aprovechan de las afinidades culturales, las similitudes institucionales y las simpatías sociales útiles para sus agendas. El problema en el continente no son solo las autocracias globales. Irán o Cuba, así como las redes iliberales de la derecha (libertaria) y la izquierda (bolivariana) están aumentando su influencia dentro de las sociedades y los sistemas políticos latinoamericanos. En ese panorama, la izquierda radical posee (al menos por el mo-

mento) una mayor capacidad de influencia pública que la derecha iliberal y que la izquierda / derecha democráticas dentro de las instituciones y debates públicos y el campo cultural. Paralelamente va creciendo un movimiento (y pensamiento) conservador y libertario, que desconfía de la sociedad abierta y multicultural y polariza el régimen pluralista.

Es importante actuar de manera temprana y coordinada. Cuando gobiernos populistas y, especialmente, regimenes autoritarios, imponen lógicas de *erosión, supresión y demolición* de las libertades cívicas¹ es necesario combinar las denuncias y los apoyos internacionales con las estrategias de resistencia y autorganización social. Frente a la influencia de China y Rusia en Latinoamérica, debemos retomar la discusión e influencia cultural, con atención y recursos similares a los que dedicamos a los medios de comunicación. Identificar canales de penetración de la narrativa iliberal, construir redes alternativas de académicos, artistas e influencers (especialmente jóvenes) y recuperar influencia en espacios académicos regionales.

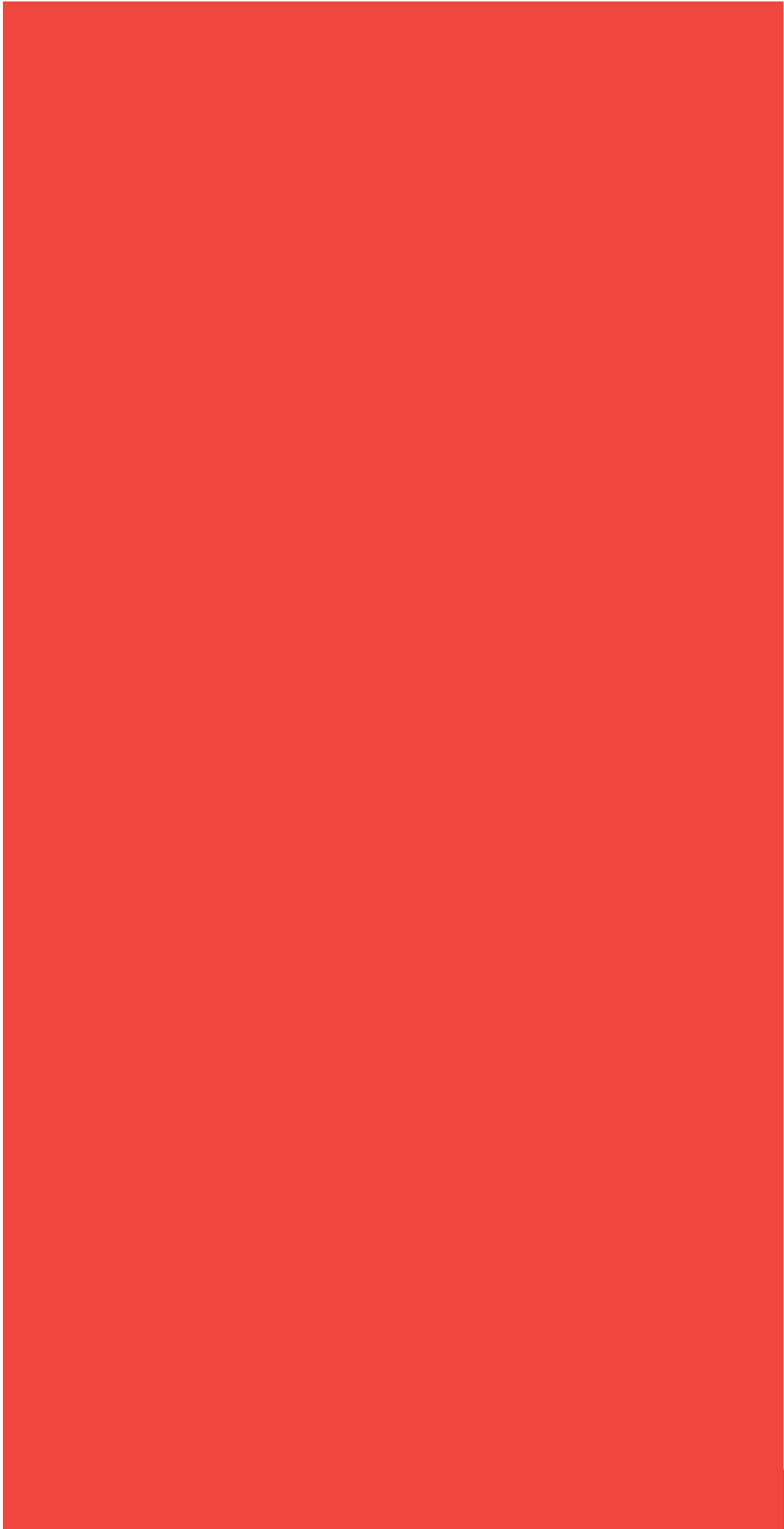
El centro político debe fortalecerse, innovando. La formación de activistas y analistas, la articulación de redes de ciudadanos y la innovación conceptual, tecnológica y organizacional en pro de la resiliencia democrática son tareas en esa dirección. La sociedad civil y los académicos latinoamericanos necesitan cuestionar y presionar a las organizaciones democráticas occidentales (europeas y estadounidenses) que actualmente apoyan, con recursos o sostén político, a intelectuales, periodistas y organizaciones académicas que difunden narrativas iliberales en América Latina. Los intelectuales públicos democráticos deben intervenir en el debate público científico y cultural, enfrentando el poder autocrático en América Latina, en espacios cívicos, mediáticos, académicos y otros.

Y por último, pero no menos importante, si no resolvemos los problemas de cohesión social, desarrollo, transparencia y estado de derecho en nuestras democracias, estas serán vulnerables al populismo interno y a la influencia (blanda o dura) de las autocracias extranjeras.

¹ Ver <https://letraslibres.com/politica/supresion-erosion-demolicion-los-autoritarismos-contra-las-academias/>



**DOI: 10.33177/
GAPAC_ChinaLatam_1**



Un mapa para la defensa de la libertad y el pluralismo



Fernando Pedrosa¹

Introducción

Entender el mundo en el que vivimos y los desafíos que enfrentamos como ciudadanos globales, y también como intelectuales, especialistas académicos o profesionales, es una tarea prioritaria en estas nuevas coyunturas. Es una regla básica: no se puede transformar eficientemente aquello que se desconoce.

Este trabajo busca justamente reflexionar sobre eso, haciendo un diagnóstico de los procesos de autoritarismo creciente que se presentan en América Latina, algunas de las formas y los protagonistas que las llevan a cabo, las estrategias exitosas y los puntos débiles que sostienen, así como marcar vías para enfrentarlos.

Este texto no va a adentrarse en cuestiones de geopolítica dura, economía o ideología entendida como filosofía política. Más bien, interesa ver cómo los ataques a la libertad y a la democracia se están produciendo de una forma original: desde ropajes y con instrumentos que, en otros momentos del mundo, eran baluartes de la defensa de los derechos individuales de las personas y de las sociedades abiertas y democráticas.

Lejos de los extremos y de los anacronismos es preciso tener un buen diagnóstico del momento actual, sobre todo, en el marco de lo que vivimos en el mundo de las ideas, la cultura, la ciencia, los debates académicos y las instituciones que procesan y producen este tipo de abordajes. Es allí donde se juega gran parte de la legitimidad de los modelos políticos en tensión y que moldean nuestro presente y, seguramente, lo harán en el futuro.

¹ Fernando Pedrosa es Dr. por la Universidad de Salamanca (España). Es Profesor de la Carrera de Ciencia Política de la Facultad de Ciencias Sociales (UBA) donde coordina el Grupo de Estudios de Asia y América Latina del Instituto de Estudios de América Latina y el Caribe. Es Profesor del Master en RRII de la Universidad del Salvador (Argentina) y ha sido invitado a dictar cursos y conferencias en diversas universidades de América, Europa y Asia. Dirige la Revista Asia/AméricaLatina. Investigador adjunto de Gobierno y Análisis Político AC.

China y el nuevo autoritarismo latinoamericano

Dado que el autoritarismo en nuestra región tiene una gran tradición y múltiples causas, es importante centrarse en aquellos aspectos novedosos, los que han reactivado una ola que se creía bajo control luego de las décadas de las transiciones y el fin de la Guerra Fría.²

Lo que nos importa especialmente es cómo se construye el renovado bagaje de los sectores autoritarios a partir de dos fenómenos. El primero de ellos es la conformación de la escena geopolítica actual (agudizada por el ataque ruso a Ucrania), con la presencia dominante de China, que instala nuevamente la cuestión del comunismo en la discusión pública internacional.

Si bien este debate tiene aspectos muy diferentes al pasado soviético (por ejemplo, que China es un país capitalista y oriental), también es cierto que los discursos políticos e ideológicos giran sobre muchos de los tópicos del siglo XIX y XX: un igualitarismo forzoso y un poder estatal omnímodo en nombre del bien común que se presenta como la solución frente a las falencias de la democracia liberal y su defensa de la libertad individual y los derechos de las personas.

En definitiva, se reedita el viejo dilema entre democracia formal vs democracia sustantiva, esta vez disfrazado en la supuesta vigencia de unos «valores asiáticos» y particularismos variados que reclaman que los derechos humanos universalmente concebidos no tendrían validez fuera del territorio de las potencias occidentales.³ Parece mentira que sea necesario volver a traer estas cuestiones al debate más de veinte años después de iniciado el siglo XXI.⁴

² El informe 2022 de Freedom House es tan tajante como preocupante, vivimos una época de expansión global de los Gobiernos autoritarios. «La libertad global se enfrenta a una grave amenaza. En todo el mundo, los enemigos de la democracia liberal, una forma de autogobierno en la que se reconocen los derechos humanos y todas las personas tienen derecho a un trato igualitario ante la ley, están acelerando sus ataques». (Informe Freedom House 2022).

Vinculado directamente a este primer punto, hay un segundo aspecto: el reacomodamiento de los sectores autoritarios en América Latina detrás de un nuevo relato que les sirve para eludir el agotamiento político luego del momento de éxito inicial, con Hugo Chávez, Lula, Evo Morales etc. La presencia de China y su aspiración a la hegemonía global les abrió una nueva esperanza en su permanente impugnación de sistemas pluralistas y liberales. Ese camino es el

que promueven pensando el mundo actual como si fuera un segundo round del combate con el que se derrumbó el muro de Berlín.

Así que tenemos dos cuestiones, la primera es el proyecto chino propiamente dicho y la segunda, la relectura y uso de este proyecto por sus admiradores latinoamericanos. Ambas tienen muchos puntos en común, algunas diferencias y, sobre todo, una fuerte vinculación política entre élites de una y otra región. Eso se observa aún más en el plano de la cultura y el mundo académico y científico, tradicional campo donde históricamente las izquierdas han estado muy consolidadas.

Si entendemos los debates globales bajo el tamiz latinoamericano, vemos cómo la práctica política en América Latina adopta formas mestizas al pensarlas comparativamente con los centros vitales del conflicto geopolítico global. Es decir, la pelea ligada a la dominación mundial siempre ha estado mediada por élites, ideas, proyectos y grupos ligados a tradiciones e intereses locales. Es por ello que las disputas políticas en la región muchas veces resultan incomprensibles para actores extraregionales o para quienes pretenden buscar en América Latina una linealidad exacta con los sucesos geopolíticos globales.

En este sentido, es necesario remarcar que este diagnóstico no implica afirmar que en América Latina no existen los enfrentamientos ligados a la disputa geopolítica como en otras partes del mundo, por el contrario, estos existen y son intensos, pero se entremezclan con las disputas locales en formas que producen resultados poco esperables, como, por ejemplo, la guerra de Malvinas en 1982.

La ola iliberal y el retroceso democrático

Elaborar un mapa detallado de la situación que enfrentamos en la actualidad adquiere mayor importancia porque estamos en el marco de una ola de avance autoritario. Así como en los ochenta y noventa se imponía la tercera ola de las democratizaciones, hoy en día vivimos una contraola autoritaria, un regreso de los autoritarismos de diverso signo. Las democracias retroceden y se degradan, incluso, en

³ Lee, Eun-Jeung (1998) *¿Valores asiáticos como ideal de civilización?* Nueva Sociedad Nro. 155 Mayo-Junio 1998, pp. 111-125.

⁴ Un clásico que aún sirve para repensar esta cuestión es Beck, Ulrich *¿Qué es la globalización? Falacias del globalismo respuestas a la globalización*. Paidós, Barcelona, 1998.

los países que tradicionalmente más y mejor las sostenían.⁵

En América Latina esto se viene observando desde la década de los noventa, a partir de lo que Guillermo O`Donnell denominó «democracias delegativas», pero se consolidó mucho más claramente con los avances del llamado «socialismo del siglo XXI» creado en torno a la figura de Hugo Chávez y el auge petrolero venezolano.⁶

La ola autoritaria lejos estuvo de ser un verano pasajero atribuible a los altos precios de los commodities latinoamericanos. Por el contrario, el fenómeno bolivariano dio nuevos bríos a toda una serie de tendencias iliberales que se encontraban derrotadas, fragmentadas y, políticamente, eran marginales, pero con las aspiraciones intactas de volver a la primera línea de protagonismo como en los años sesenta y setenta.

La coyuntura del COVID-19 fue a la vez, un empujón fenomenal para potenciar las líneas autoritarias de control sobre la sociedad y eso cruzó, por igual, a todas las tradiciones políticas e intelectuales autoritarias. Fueron muy pocos los que la abordaron críticamente. Para los iliberales, las políticas de restricción fueron una prueba de fuego de cuánto las sociedades habían internalizado la obediencia al Estado, aunque fuera tras decisiones absurdas. También fuerte fue el castigo para quienes osaban enfrentarlo.

Las reflexiones que hoy nos convocan se originan en un mundo que, casi sin excepciones, retrocede en los derechos individuales de las personas. Pero a la vez, los intentos de pensarlas y hacerles frente, debemos admitir que, son un tanto tardías.

Es que fue más de dos décadas atrás que ocurrió la difusión y el asentamiento de una fenomenal operación intelectual y política —

⁵ El informe 2022 de Freedom House afirma que: «En países con democracias establecidas desde hace mucho tiempo, las fuerzas internas han explotado las deficiencias de sus sistemas, distorsionando la política nacional para promover el odio, la violencia y el poder desenfrenado. Aquellos países que han luchado en el espacio entre la democracia y el autoritarismo, mientras tanto, se inclinan cada vez más hacia este último. El orden mundial se acerca a un punto de inflexión». (Informe Freedom House 2022).

⁶ Ver O`Donnell, Guillermo (1994) *Delegative Democracy*, Journal of Democracy, Vol. 5, No. 1, enero, pp. 55-69.

cuyo rostro más visible fue el de Ernesto Laclau— que construyó un menú ideológico y de opciones políticas que guio a los sectores liberales y les ofreció un relato amigable y vinculado con tradiciones y raíces propias de la región. Este nuevo programa fusionó una serie de tradiciones muy diferentes, derechas, izquierdas, católicos, estalinistas, indigenistas, comunistas y populistas de diferente cuño, que comenzaron un camino en torno a un eje común considerando al Estado como espacio nodal frente a una sociedad que debe acompañarlo sumisa y acriticamente.

El papel de élites académicas, intelectuales y de una renovada camada de medios de comunicación fue crucial para instalar este nuevo conjunto de valores —o este viejo y renovado conjunto de valores—, en amplios sectores de la opinión pública.

A diferencia de lo ocurrido en la Guerra Fría, donde estos grupos fueron claves en la construcción del *soft power* occidental —contra el autoritarismo soviético— hoy nos encontramos con que su dominio simbólico es abrumador y está puesto al servicio de cualquier intento de esta agenda autoritaria, sea con Chávez, Morales, Vladimir Putin, el régimen de los ayatolas iraníes o el chino.

La lucha contra el autoritarismo y la estrategia del camaleón

La presencia de China (y en menor medida de Rusia) en el orden global ha sido utilizada por sectores políticos e intelectuales liberales para potenciar sus propias posiciones. Esto fue aumentando a medida que China aumentaba su poder en el mundo y que también definía una política de expansión hacia América Latina sostenida con importantes recursos.

En este punto es necesario detallar cómo se construyó —y utilizó— una especie de *soft power* con conceptos antes fuertemente arraigados en el imaginario social latinoamericano; en particular, puntualizando en los manejados por las élites culturales, académicas y artísticas, que, en gran medida, habían sido un arma occidental fundamental para la definición de la Guerra Fría del siglo XX.⁷ De este modo, entendieron que no podían ceder en sus rivales (el mundo capitalista liberal) el monopolio del relato de la libertad, de los derechos humanos, de la protección del cuerpo, el ambiente y la democracia. Pero tampoco soportaban el contenido universal que poseían de manos de las tradiciones liberales, aunque muchas veces estas fueran meramente nominales.

Los sectores que fueron derrotados en la Guerra Fría, sus herederos y también otros que no necesariamente se habían alineado del lado soviético, pero sí con tradiciones antinorteamericanas e iliberales, hicieron un inteligente aprendizaje del pasado y los hechos que derivaron en la caída del muro de Berlín.

Los sectores autoritarios de distinto cuño y tradición política, pero todos igualmente opuestos a la sociedad abierta y pluralista, eligieron una estrategia temprana con el fin de asentar su poder: cooptar las instituciones culturales y académicas, deportivas, científicas, vinculadas a los Estados y la sociedad civil y luego, apoderarse de los espacios de producción simbólica, ligados a la educación y a la formación. Desde allí acometieron la tarea de introducir el nuevo relato en la sociedad, sobre todo, utilizando los cuantiosos recursos estatales para posicionar particularmente a sus referentes y extender sus agendas.

Preocupaciones sociales compartidas durante gran parte del siglo XX pasaron a ser apropiadas por algunos sectores que así legitimaban sus pretensiones de poder. Ideas y referentes que permitieron derrotar al autoritarismo en la Guerra Fría hoy son reutilizados para consolidar ideas, proyectos y liderazgos iliberales.

⁷ Ver de Armando Chaguaceda y Fernando Pedrosa *Entre la geopolítica y las ideas. Reflexiones para una renovación democrática*. Enfoque no. 5 Fundación Konrad Adenauer, Montevideo, 2021.

De este modo, lograron instalar nociones que se insertaron en el sentido común social, en muchos casos apoyándose en saberes pre-existentes. Hoy, por ejemplo, el «neoliberalismo» es una categoría explicativa cuya sola mención evita debates, y las cuestiones identitarias reemplazaron a los derechos humanos personales como preocupaciones de las organizaciones de la sociedad civil. La definición de «democracia» depende si se trata de un líder «amigo» o no, y el ecologismo dejó de ser un conjunto de visiones alternativas al desarrollo económico para convertirse en otra forma de luchar contra el capitalismo.

Mientras las élites políticas no autoritarias subestimaron el poder de ese soft power y la construcción de referencias sociales que impulsaban ideas claramente iliberales, cuando no anticapitalistas, los sectores autoritarios hicieron todo lo contrario, y la convirtieron en su arma principal para no repetir los errores tácticos de los años soviéticos.

Siguiendo al pie de la letra el manual de Ernesto Laclau, fueron articulando demandas, víctimas y descontentos, dándoles voz y representación. Y a todos ellos a la vez, le ofrecieron una explicación razonable acerca del origen de sus desgracias: por supuesto, que la democracia liberal, el republicanismo y el capitalismo, estaban en el centro de todos los males.

Sin embargo, el uso de los derechos humanos no fue producto de una autocrítica de lo que estos grupos pensaban en el pasado. No hubo una adopción genuina (aunque equivocada) de la agenda liberal clásica. Por el contrario, todo fue una cuestión puramente táctica, como el camaleón, cambiando de color según la ocasión. Esto se ve, sobre todo, cuando hay que aplicar todos estos derechos a otras personas que no comulgan con la izquierda y su repertorio de ideas.

En ese momento, entonces, el ardor liberal de sus consignas es abandonado. Así, mientras se imponen demandas, críticas y reclamos contra Gobiernos de derecha o liberales, se argumenta todo lo contrario para los de China, Rusia, Venezuela o Cuba.

La forma de sostener el nuevo ideario iliberal, sobre todo en las instituciones y la vida intelectual fue mediante una política extorsiva, persecutoria y fortalecida por el uso de los cuantiosos recursos que los Estados bolivarianos y sus aliados tuvieron durante la primera década del siglo XXI. Cuando eso se terminó, «el oro de Beijing» pareció ser la nueva utopía de los sectores autoritarios.

A quienes osan cuestionar la construcción discursiva autoritaria se los cancela en nombre del progresismo, los derechos humanos y la libertad. Eso logró incluso revertir posiciones históricas a favor de la democracia y la libertad en sectores occidentales académicos, e incluso en Gobiernos en Estados Unidos y Europa.⁸ Otra consecuencia de esto fue la autocensura, como única forma de lograr ascensos profesionales o recursos.

En los sesenta y los setenta, los partidarios del autoritarismo estaban en los márgenes de la cultura y las academias. Hoy son sus referentes, y quienes pugnamos por un cambio de sentido y pregonamos una universalización de los derechos de las personas y las democracias, somos los marginales. La toma de las instituciones legitimadoras del saber académico, científico y cultural, y la construcción de referentes que difundieron sus valores masivamente fue clave para lograr un consenso en torno al nuevo ideario iliberal, presente en instituciones que incluyen las grandes organizaciones de ciencia social de la región (CLACSO, LASA), así como en publicaciones de prestigio (Le Monde, Nueva Sociedad) y en el arte pop, de consumo de masas.

¿Qué hacer?

Es preciso entender el diagnóstico que enfrentan los defensores de las sociedades abiertas porque, de lo contrario, no hay posibilidad de comenzar a revertirlo. Lo que es peor, existe el peligro de introducirse en conflictos con un mapa anacrónico y desactualizado, que solo podrá guiarnos a lugares equivocados.

⁸ Ver *Cancel Culture: Myth or Reality?* Pippa Norris en *Political Studies* 1-30, 2021.

Estamos en un momento en que los viejos autoritarismos de izquierda se renuevan a partir de los cambios del orden geopolítico. Por eso hay que volver a dar la pelea por los conceptos de libertad, derechos humanos y democracia. Hay que volver a analizar las estrategias del *soft power* (exitosas en la Guerra Fría) para construir nuevas redes de expertos, políticos, intelectuales, activistas y artistas que se posicionen públicamente para producir referentes y agendas que compitan con las de los iliberales.

Hay que convencer a los financiadores de los países occidentales y de las causas vinculadas a la libertad para que no sigan financiando a grupos que van en sentido opuesto, y que se jueguen por nuevas figuras y propuestas. La complejidad latinoamericana a veces provoca que grupos que trabajan por la libertad apoyen a los sectores autoritarios.⁹

Es necesario fomentar y articular grupos que trabajen y estudien sobre China, sus tradiciones y sus estrategias de expansión desde puntos de vista académicos no contaminados de propaganda.

Es preciso discutir en los medios, cuestionar los sentidos comunes del iliberalismo, mostrar sus contradicciones, y someter a crítica a sus referentes, sin importar cuán famosos o poderosos sean. Hay que generar nuevos espacios y bienes simbólicos de interés social, pero con un contenido diverso, reivindicando algo que debe ser la renovada bandera de trabajo y debate: el reclamo de pluralismo.

El *soft power* construido inteligentemente, los fondos de los *commodities*, y el uso activo de los Estados para amplificar las voces de históricas tradiciones iliberales existentes en Latinoamérica, fue un cóctel exitoso y duradero. Hoy, revertir eso es muy difícil, pero es la tarea que los sectores democráticos se deben. La presencia global vino a darle nuevos bríos y recursos (materiales y simbólicos) a quienes trabajan desde hace décadas por la instauración de sociedades cerradas.

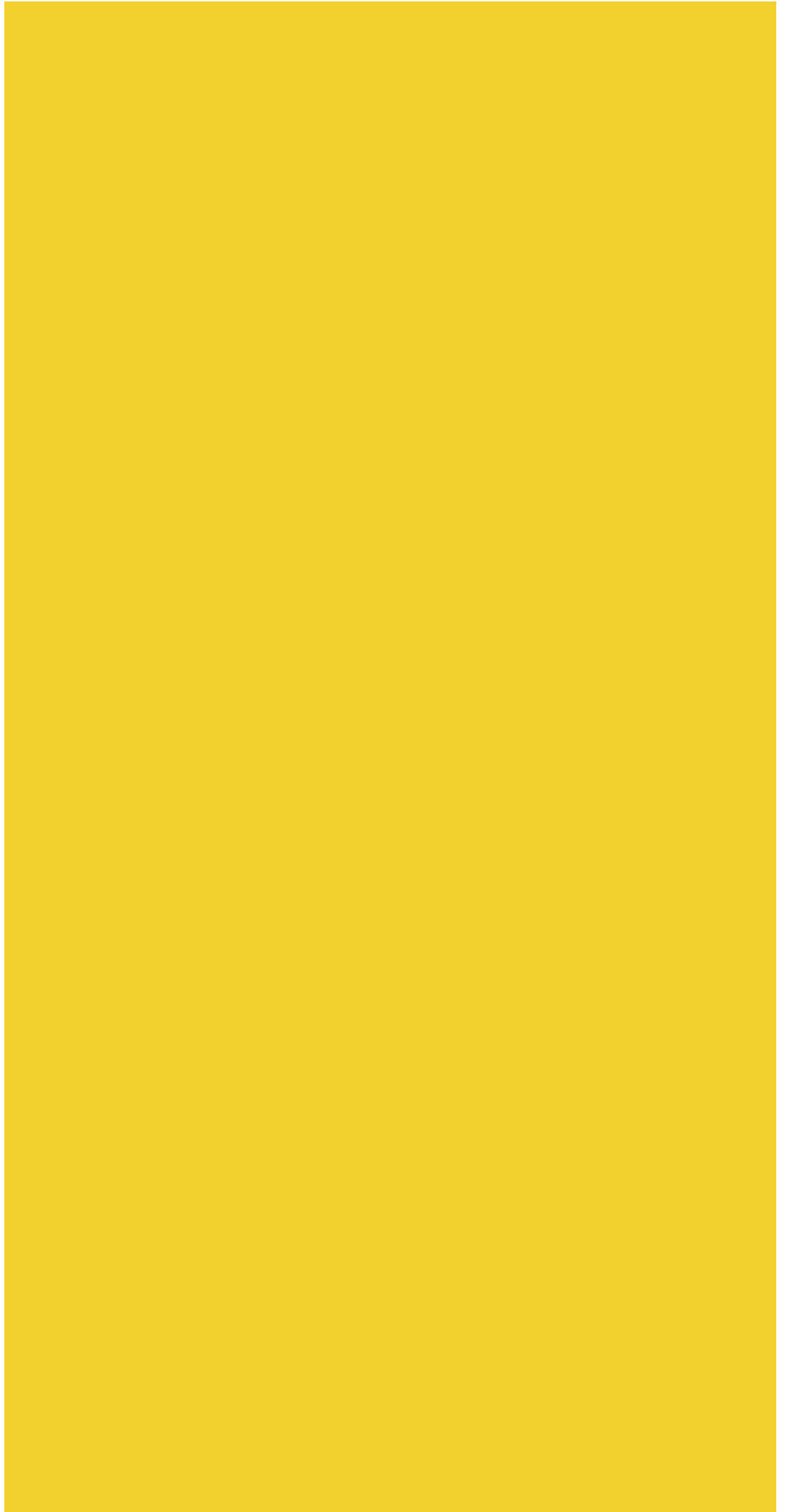
La buena noticia es que quienes nos oponemos a ese proyecto somos muchos más de lo que pensamos, aunque fragmentados y desarticulados. Otra buena noticia es que muchos consensos iliberales progresistas han entrado en crisis, y hoy hay mucho más margen que en otras décadas para construir posiciones alternativas, con éxito, audiencia y sin temor a represalias.

Lamentablemente, empezamos de atrás.

⁹ Ejemplos de eso son el financiamiento de países nórdicos a CLACSO, o cuando una ONG organiza un concierto del grupo de rock Pussy Riots, obteniendo financiamiento y prestigio simbólico, para luego dar voz a quienes cuestionan la posición de Ucrania



**DOI: 10.33177/
GAPAC_ChinaLatam_2**



¿Democracia «a la China»?

Un mito a debatir



Armando Chaguaceda¹
& María Isabel Puerta²

A modo de introducción

El renovado protagonismo de China en la arena internacional en sus dimensiones económica, geopolítica y cultural vuelve el discurso sobre la democracia de la dirección del Partido Comunista Chino (PCCh) en un factor de influencia global. Impacta, especialmente, en diversas élites políticas, intelectuales y empresariales, incluidas aquellas que, viviendo en naciones y sociedades abiertas de Occidente, promueven supuestas alternativas capaces de superar — por valores o desempeño — a la democracia liberal.³

Esto sucede mientras la política china encuentra su momento de mayor personalización desde la época de Mao Tse Tung. En manos de Xi Jinping se han recentralizado funciones civiles y militares, de gobierno y partidistas. Los mecanismos que garantizaban cierto pluralismo y contrapeso en la sucesión y la interacción dentro de la élite del Partido Comunista, que se habían ido construyendo desde Deng Xiaoping, son revisados. Justo cuando todo eso sucede, el discurso oficial de Beijing lanza conceptos que pretenden compatibilizar el diseño y praxis autoritaria de su sistema político con la idea democrática.

En este documento —y en el debate al que contribuye— presentamos, sin ánimo de agotar la discusión, un conjunto de interrogantes en torno al tema que nos ocupa. ¿Hay un «modelo chino» de democracia, distinto y superior al liberal? ¿Puede existir democracia con un partido único y líder todopoderoso? ¿Cuál es el sujeto político dentro del modelo chino? ¿La democracia es un fenómeno universal o solo de Occidente?

¹ Armando Chaguaceda: politólogo por la universidad de la Habana e historiador por la universidad veracruzana. Investigador de Gobierno y Análisis Político AC y experto-país del proyecto v-Dem. especializado en el estudio de los procesos de democratización y ‘autocratización’ en Latinoamérica y Rusia.

² María Isabel Puerta Riera. Politóloga. Doctora en Ciencias Sociales, mención Estudios Culturales (Universidad de Carabobo, Venezuela). Profesora Visitante de Ciencia Política (U.S. Government, State and Local Government, International Politics), en Valencia College, Orlando Florida. Fue Profesora Asociada, jefe de la Cátedra de Gerencia Pública en la FaCES de la Universidad de Carabobo (2000-2018). Es Investigadora Adjunta de Gobierno y Análisis Político A. C. (GAPAC), y miembro de la Red de Politólogas.

³ Ver de Juan Pablo Cardenal *El arte de hacer amigos. Cómo el Partido Comunista chino seduce a los partidos políticos en América Latina*, Diálogo Político, Montevideo, 2021.

Revisando la teoría

Para responder estas preguntas se impone, ante todo, la precisión conceptual sobre los conceptos de democracia y sus opuestos autoritarios.

La democracia es un concepto multidimensional. Su núcleo es un régimen político: un orden que institucionaliza los valores, prácticas y reglas que hacen efectivos los derechos a la participación, representación y deliberación de políticas y la renovación periódica de los titulares del poder estatal. Pero también conjuga un ideal normativo, que cuestiona las asimetrías de jerarquía y poder dentro del orden social, unido a un movimiento social que reúne diferentes actores, luchas y reclamos democratizadores expansivos de la ciudadanía. Todo ello dentro de un proceso sociohistórico —con fases, objetivos y resultados— de democratización.

La democracia expande, simultáneamente, medios (sujetos, instituciones y derechos) y fines (participación individual, autogobierno colectivo) en la regulación de la convivencia política. La democracia es un tipo de régimen que abriga un poder distribuido entre instituciones, abierto a la competencia de grupos y agendas. En una democracia la ciudadanía debe poder, de modo plausible, formular y expresar públicamente —de cara a la sociedad y al Estado— sus preferencias políticas mediante la acción individual o colectiva; sin que dicha expresión de preferencias sea objeto de discriminación, específicamente por parte de quienes detentan el poder. Para ello, deben garantizarse la libertad de información, pensamiento, expresión, asociación y manifestación; el derecho pleno al sufragio y a la competencia dentro de elecciones justas y libres, que produzcan mandatos limitados por tiempo y ley; mandatos que se expresen en instituciones capaces de subordinar la política gubernamental del voto de otras expresiones de preferencias ciudadanas.⁴ Nada de eso lo admite el tan celebrado «modelo consultivo» del PCCh.

⁴ Ver Robert Dahl, *Poliarquía: participación y oposición*, Tecnos, Madrid, 1997.

Por su parte, la autocracia remite a un poder concentrado, donde una persona o élite monopoliza el Gobierno e impone la agenda a los subalternos. Como la democracia, también lo autoritario puede entenderse de manera multidimensional. Como orden político, se materializa en regímenes que restringen los derechos a la participación, representación y deliberación políticas y bloquean o acotan la renovación periódica de los titulares del poder estatal. En tanto ideal normativo, refuerza las asimetrías de jerarquía y poder dentro del orden social. Unido a un movimiento social se expresa en sujetos (liderazgos, bases) que restringen la existencia y acción autónoma de la ciudadanía, y privilegian otros tipos de comportamientos más pasivos, aclamantes, parroquiales o, directamente, de súbditos. Todo ello sucede dentro de un proceso sociohistórico —con fases, objetivos y resultados— de sistemática restricción de los derechos de las personas a ser protagonistas activas, iguales de facto y de jure, del orden político en que viven.

¿Qué nos dice el PCC chino sobre la democracia?

La crisis de la democracia no ha estado exenta de cuestionamientos⁵ sobre la validez de los parámetros por los cuales medimos su eficiencia. Sin embargo, las distintas representaciones que podemos acordar sobre la democracia coinciden en unos valores mínimos, como los definidos por Dahl, donde se combinan la elección de representantes con los derechos a la participación bajo condiciones de equidad. De manera que, podemos encontrar distintas experiencias democráticas a lo largo de su desarrollo contemporáneo, pero sobre lo que no hay discusión es sobre la naturaleza de la democracia y sus atributos.

Aprovechando el proceso de retroceso que vive la democracia liberal, asistimos a una coyuntura donde el descrédito del modelo tiene lugar no solamente en los desencuentros entre las instituciones democráticas y sus representados, sino en la narrativa proveniente de regímenes autoritarios y antidemocráticos. A finales de 2021, el presidente de los EE.UU., Joseph R. Biden, convocó a 111 países a la Cumbre por la Democracia⁶ para discutir las estrategias de fortale-

⁵ Ver <https://www.swissinfo.ch/spa/cin-cuenta-sombras-de-democracia--es-posible-medir-una-democracia-/46442826>

⁶ Ver <https://www.state.gov/participant-list-the-summit-for-democracy/> y <https://www.whitehouse.gov/briefing-room/statements-releases/2021/12/23/summary-for-democracy-summary-of-proceedings/>

cimiento de la democracia y su defensa contra el auge autoritario, la lucha contra la corrupción y la promoción del respeto a los derechos humanos (Casa Blanca, 2021). La respuesta de China al encuentro fue la divulgación del reporte oficial ⁷ titulado *China: una democracia que funciona*, donde el Gobierno de la potencia asiática presenta su versión de la democracia, en un esfuerzo de mercadeo político que fue interpretado como una señal de protesta por su exclusión de la cumbre democrática.

⁷ Ver China: *Democracy That Works. The State Council Information Office of the People's Republic of China, 2022* en <https://www.chinadaily.com.cn/a/202112/04/WS61a-b0795a310cdd39bc7957e.html>

El documento tiene las características de una contraofensiva discursiva, y se presenta como un reclamo sobre la interpretación errada que se ha hecho del modelo democrático chino. El texto esgrime que China ha estado haciendo un esfuerzo sostenido por consolidar su versión de la democracia, mientras apunta hacia el fracaso de las otras democracias que han sido incapaces de procurar el bienestar de sus pueblos. Sin embargo, esta argumentación sobre lo que se concibe como democracia en China contrasta, no solamente con la experiencia histórica del modelo, sino con la propia realidad en China. La aspiración del régimen político de convencer que existe una asociación entre la idea de democracia y el régimen político chino carece de evidencia, por lo que el documento parece más un esfuerzo de propaganda camuflado como declaración de principios.

A primera vista, China está tratando de definir su versión de la democracia a partir del sistema político que ha construido. La crisis de desdemocratización se ha convertido en una oportunidad para los regímenes autoritarios de reescribir su historia. En el caso de China, ya no se trata de exportar la idea o praxis de la revolución proletaria, o de imponer el socialismo como modelo sociopolítico, sino de la legitimación de un régimen autoritario por vía de la competencia, la seducción y la erosión democrática de Occidente.

La misión de los regímenes autoritarios contemporáneos es convencer de que las democracias liberales han fracasado y que son los regímenes iliberales quienes encarnan la verdadera democracia. En

este sentido, el documento es revelador, pues al insistir en el «proceso integral de democracia popular», el papel del Partido Comunista Chino (PCC) como instrumento fundamental de control social queda refrendado a lo largo de todo el discurso. Esta es una declaración de supremacía del partido sobre el pueblo.

El documento blanco podemos abordarlo desde tres categorías fundamentales: (1) la definición del modelo, (2) el papel del Partido y (3) el protagonismo del pueblo.

1. La definición del modelo

En su reciente documento, mezcla de diplomacia pública e intento conceptual⁸, el PCCh presenta la democracia como un ideal y valor común de la humanidad que siempre ha sido apreciado por el Partido Comunista de China (PCCh) y el pueblo chino. Al caracterizar el régimen político vigente, el PCCh reafirma la dupla pueblo-partido en su retórica oficial. Dice que: «El estatus del pueblo como dueño del país es la esencia de la democracia popular». También que desde el 18º Congreso Nacional del PCCh en 2012 (justo el que marca el encumbramiento de Xi Jinping) «el Partido ha desarrollado la democracia popular de todo el proceso como un concepto clave y se ha esforzado por traducirla y los valores democráticos relevantes en instituciones efectivas y acciones concretas».

La democracia china apela a los valores humanitarios, esenciales en cualquier sistema de organización social y se encuentra como un elemento transversal en el documento. En su intento por convencer sobre la idoneidad de la democracia china, lo que en realidad está procurando es vaciar de contenido a la noción de democracia contemporánea al intentar justificar que el modelo chino encarna a la verdadera democracia, mientras que las democracias liberales son corruptas y no representan su verdadera naturaleza. Es un intento por reescribir el concepto de democracia para adaptarlo al régimen autocrático chino, en el que se utilizan adjetivos para presentar la «autenticidad» y «novedad» del modelo. Al respecto se señala: «La democracia popular de proceso integral comprende la democracia orientada al proceso, con la democracia orientada a los resultados,

⁸ Ver *China: Democracy That Works. The State Council Information Office of the People's Republic of China, 2022.*

la democracia procedimental con la democracia sustantiva, la democracia directa con la democracia indirecta y la democracia popular con la voluntad del Estado. Es un modelo de democracia socialista que abarca todos los aspectos del proceso democrático y todos los sectores de la sociedad. Es una verdadera democracia que funciona» (2021: 2).

El documento justifica esta aproximación «fluida» al señalar que la democracia no debe estar sujeta a estándares, porque se trata de un proceso flexible que se va construyendo sobre la marcha, debido a que no se encuentra preestablecido, porque de lo que se trata en realidad es de la «diversidad democrática». Esta ambigüedad discursiva es intencional, pues sobre esa abstracción cualquier rasgo institucional tiene sentido en un modelo que no es «estático» desde el punto de vista normativo. El documento aclara que se trata de una «dictadura democrática popular», en donde la unidad se construye a partir de la amalgama entre dictadura y democracia.

2. El papel del Partido

Contra los rasgos (precisos) de la poliarquía, el discurso de *China: democracia que funciona* ofrece una suerte de carro de supermercado, lleno de nobles y múltiples productos. Para este, «evaluar si el sistema político de un país es democrático y eficiente es observar si la sucesión de sus líderes es ordenada y acorde con la ley, si todas las personas pueden gestionar los asuntos estatales y sociales y las empresas económicas y culturales de conformidad con las disposiciones legales, si el público puede expresar sus necesidades sin obstáculos, si todos los sectores pueden participar eficientemente en los asuntos políticos del país, si la toma de decisiones nacionales puede llevarse a cabo de manera racional y democrática, si las personas de alto calibre en todos los campos pueden ser parte del liderazgo nacional y los sistemas administrativos a través de la competencia leal, si el partido gobernante está a cargo de los asuntos

estatales de conformidad con la Constitución y la ley, y si el ejercicio del poder puede mantenerse bajo una moderación y supervisión efectivas».

Pero esta «democracia china» es un constructo del PCCh. El Partido constituye el eje de la vida en China, toda la estructura social está construida sobre la base de la intervención del Partido. El PCCh se concibe como el órgano ejecutor de toda política pública, un aparato de centralización de las decisiones políticas. El documento deja claro que en China no hay partidos de oposición, por lo que no se trata de una democracia competitiva. Además del PCCh, hay ocho «partidos políticos» que lo acompañan en una red de cooperación. Estos partidos cumplen dos funciones críticas para el régimen político. Por una parte, le permiten al PCCh descentralizar la función de control político-territorial, que es una necesidad en un país con más de 1400 millones de habitantes. Por la otra, son organizaciones intermediarias de alcance local y regional que sirven de aparato de monitoreo y control político y social y que le reportan al PCCh. En China, la legitimidad proviene del PCCh, y fue refrendada en una resolución⁹ emitida por el Comité Central en noviembre pasado sobre los alcances históricos del Partido. El objetivo de expansión de los mecanismos partidistas por encima del Estado enunciado en dicha declaración se encuentra acentuada en el documento blanco.

Lejos de ser un sistema multipartidista, la hegemonía del PCCh es incuestionable, pero además no se trata de un partido de masas, por el contrario, es un partido de élites — si nos atenemos a las características de su membresía —¹⁰ que, a diferencia de partidos democráticos, debe ser sometida para la aprobación de la jerarquía del Partido en un proceso que puede tomar años. La organización del Partido contempla una estructura piramidal¹¹ donde estas élites tienen el verdadero poder de decisión, por encima de cualquier otra institución política, aun cuando apenas representa cerca del 7 % de su población.¹²

⁹ Ver Rana Mitter, *New Characteristics for Chinese Socialism? How a CCP Resolution Connects Xi to China's Marxist Past* en <https://www.foreignaffairs.com/articles/china/2021-12-20/new-characteristics-chinese-socialism>

¹⁰ Ver Macarena Vidal, *Cómo ser buen comunista en China* en <https://elpais.com/internacional/2021-04-12/como-ser-buen-comunista-en-china.html>

¹¹ Ver Eleanor Albert, Lindsay Maizland y Beina Xu, *The Chinese Communist Party* en <https://www.cfr.org/background/chinese-communist-party>

¹² Ver *Partido Comunista de China: 5 gráficos que muestran cómo pasó en 100 años de ser una formación clandestina a gobernar una cuarta parte de la población mundial*. <https://www.bbc.com/mundo/noticias-internacional-57673309>

3. El protagonismo del pueblo

El pueblo es el eje del modelo, en teoría. La definición de «amos del país» sitúa al pueblo como elemento esencial de la democracia china. Sin embargo, en el discurso también se advierte que la concreción del bienestar al que aspira esta democracia pasa por el fortalecimiento del Partido, de manera que el pueblo termina siendo un elemento auxiliar de esa pretensión. El pueblo es visto como un vehículo, pero el fin último es el fortalecimiento del modelo a través del Partido, que es el verdadero eje del sistema.

En sintonía con esa visión expandida y difusa, en *China: democracia que funciona* se nos dice que debemos juzgar la democracia si «las personas son verdaderamente los amos del país; si el pueblo tiene derecho a votar y, lo que es más importante, el derecho a participar ampliamente; si se les han dado promesas verbales en las elecciones y, lo que es más importante, cuántas de estas promesas se cumplen después de las elecciones; si existen procedimientos y reglas políticas establecidas en los sistemas y leyes estatales y, lo que es más importante, si estos sistemas y leyes se aplican realmente; si las normas y procedimientos para el ejercicio del poder son democráticos y, lo que es más importante, si el ejercicio del poder está realmente sujeto al escrutinio y los controles públicos». Sin duda, votar, participar, consultar, administrar y supervisar son todos procesos políticos de un indudable pedigrí potencialmente democrático. Pero también son compatibles con estructuras y procesos autocráticos bien institucionalizados.

La mejor aproximación al papel del pueblo en el modelo de democracia china es la referencia a una construcción social que no reconoce el valor de sus individuos — en una clara alusión a las debilidades de la democracia liberal. La insistencia sobre las bondades de un sistema popular donde el Partido, y no el pueblo, es el protagonista y actor decisor de la vida de más de mil millones de habitantes, es el reconocimiento de la anulación del pueblo en la ecuación del poder; una ecuación donde la función del líder máximo es fundamental.

¿Cómo piensa el líder?

El discurso sobre la democracia del PCCh y su máximo líder, Xi Jinping¹³, se insertan en un contexto histórico determinado de apertura, reforma, innovación, adaptación y modernización dados los aprendizajes de las «dolorosas lecciones» de la Revolución Cultural. Se propone hacer «las revisiones necesarias», seguir «estrechamente los pasos de la época» y adaptarse a «las nuevas exigencias», no obstante, en ningún momento se llega a establecer que el objetivo es «promover de manera dinámica y prudente la reforma del régimen político». Es ilustrativo la presencia reiterada del término prudente, lo que involucra de antemano un freno o carácter limitativo del horizonte de los cambios.

El discurso oficial del Partido Comunista chino aboga por una democracia consultiva en el marco del socialismo con particularidades chinas. Según Xi: «Para determinar si el pueblo disfruta de derechos democráticos hay que comprobar si quienes lo integran tienen derecho a votar en elecciones y a participar en todo momento en la vida política cotidiana. Asimismo, es vital comprobar si tienen derecho a participar en elecciones por la vía democrática y, al mismo tiempo, tomar decisiones, administrar y supervisar por esta misma vía». La democracia consultiva es definida por el líder como una «forma singular, exclusiva y original de la política democrática socialista de China» y en ella «las masas populares son el punto clave de la democracia consultiva socialista». Enfatiza que «es principalmente en las bases donde se toman las decisiones y se hace el trabajo en lo referente a sus intereses».

Como se habla de democracia consultiva, se trata de «ampliar los canales de consulta», realizar consultas «compactas y eficientes» preguntarle, consultarle al pueblo (reglamentando sus contenidos y procedimientos), «antes de la toma de decisiones y en el curso de ejecución de estas», sobre los «problemas importantes del desarrollo socioeconómico y los problemas prácticos relacionados con los intereses vitales de las masas» y «para solucionar los problemas que el pueblo pide que se resuelvan» — siempre con un énfasis en que se realizan bajo la dirección del partido.

¹³ Ver los textos de Xi Jinping contenidos en *La gobernación y administración de China*, Tomos 1 y 2, Ediciones en Lenguas Extranjeras, Beijing.

Según Xi Jinping se trata de incorporar «las distintas demandas y reclamos de intereses al procedimiento de la toma de decisiones». No obstante, no se sabe cómo esas opiniones recogidas en las consultas van a tener alguna influencia. No encontramos en su discurso claridad respecto al significado concreto y los procedimientos de las consultas; se habla de toma de decisiones y administrar, pero al mismo tiempo se realza el carácter meramente consultivo. Además, se llega a indicar que el objetivo último de las consultas es «lograr, en la medida de lo posible, la uniformidad de opiniones», construir «consenso superando las diferencias» y «alcanzar un consenso». El límite a la aceptación de la pluralidad en la búsqueda del consenso lo fija la dirección del Estado y el Partido.

Llama la atención la forma en que se las consultas — siempre guiadas por el Partido Comunista de China — representan la «unidad entre democracia y centralismo». Se afirma el papel de conducción del Partido, al tiempo que busca conciliar esto con la dimensión consultiva como principio democrático. Por otro lado, hay un reconocimiento a la dimensión electoral de la democracia: en varios momentos se hace referencia a votar y a elecciones. No obstante, también se critica el elemento electoral, contraponiéndolo al participativo: «si sus integrantes tienen derecho a votar, pero no a una amplia participación, solo estarán despiertos al empezar el sufragio porque cuando haya terminado estarán adormecidos. Este tipo de democracia es una democracia formalista». Empero, esta amplia participación, en el modelo del PCCh, parece estar limitada a la consulta; lo que quedaría por debajo de los modelos liberales.

En la retórica de Xi Jinping, el pueblo se postula como «dueño del país», también como un ente que debe recibir «beneficios para él» (es decir, pueblo como algo diferenciado y externo) y del que selecciona la «participación de los representantes del pueblo». Es reiterada la invocación condicionada del pueblo, «bajo la dirección del Partido Comunista de China». En el mismo sentido, muchas veces se sustituye la idea de pueblo por la de masas. Lo anterior se refleja en fragmentos como «participación ordenada de las masas», «estrechar

los vínculos entre el Partido y las masas populares» y «autogobierno de las masas en las instancias de base». En todo caso, el papel conductor del partido siempre se afirma «como núcleo dirigente en el dominio de la situación general».

Se sostiene que el «desarrollo de la democracia socialista y el perfeccionamiento de la legalidad socialista se convirtieron en un principio básico inamovible del Partido y el Estado». Sin embargo, llama la atención que se proponga como meta la integración orgánica entre el Partido y el pueblo, algo que sería difícilmente compatible con la idea de reconocimiento de la diversidad social. Lo anterior va de la mano con que se valore la «materialización de la prosperidad, el desarrollo y la paz y el orden duraderos del Partido y el Estado». En esa línea, llama la atención que Partido y Estado se presentan al mismo nivel y que el orden se postule con el mismo peso que prosperidad, desarrollo y paz.

Igualmente, no es gratuito que un discurso que glorifique la unidad contemple las divergencias internas con una valoración negativa que atraviesa todo el texto. Más aún, «el mal del aferramiento de las diferentes fuerzas políticas a sus opiniones» es aquello que la democracia consultiva viene a solucionar. De tal forma, las metas de construir unitariamente el consenso y que el Partido conduzca ordenadamente la participación de las masas, mediante la integración orgánica entre el Partido y el pueblo, dejan poco espacio para la expresión del pluralismo político constitutiva de cualquier sociedad. En sintonía con el pensamiento de Xi Jinping, la postura oficial del PCCh y Estado chino destaca que la llamada «democracia popular» integra «la democracia orientada al proceso con la democracia orientada a los resultados, la democracia procedimental con la democracia sustantiva, la democracia directa con la democracia indirecta y la democracia popular con la voluntad del Estado. Es un modelo de democracia socialista que abarca todos los aspectos del proceso democrático y todos los sectores de la sociedad». Y, aludiendo a los déficits de la democracia liberal, expone la china como «una verdadera democracia que funciona».

¿Un «problema cultural»?

Como ha señalado la experta en teoría democrática y política china Sor-hoon Tan: «Para aquellos interesados en una mejor gobernanza, hacer la pregunta “por qué” centra la atención en la palabra que se utiliza — para describir el papel de las personas, las costumbres y prácticas, las instituciones — antes de emitir un juicio sobre su conveniencia (democrática)». ¹⁴ Por eso hay que tomar con cuidado la idea de que a un pueblo corresponde una visión predeterminada, por razones históricas o culturales, de orden político.

El confucianismo es una corriente clave del pensamiento tradicional chino. Por lo tanto, incluir la «democracia confuciana» en la categoría de «democracia china» tiene sentido. Además de la propaganda oficial del PCCh, ciertas figuras públicas (el académico canadiense Daniel Bell y el empresario e influencer Eric Li, entre otros) sostienen firmemente que el confucianismo es más meritocrático que democrático.

Sin embargo, muchos países de Asia Oriental comparten una herencia confuciana, interpretándola y practicándola conforme a circunstancias culturales e históricas diversas y cambiantes. De hecho, tal vez la «democracia confuciana» en sí misma sería una categoría que admite una diversidad de registros e interpretaciones. Hay en la teoría política de la democracia confuciana valores de libertad e igualdad compatibles con las concepciones (mal)llamadas occidentales. Sor-hoon Tan reconoce que «Xi Jinping se retrata a sí mismo como un sabio gobernante confuciano. El PCCh, mientras tanto, es elegido como el guardián de la cultura china por el bien del pueblo chino». Pero, señala: «Las diferentes interpretaciones bajo la noción “democracia china” podrían impugnar la apropiación hegemónica del PCCh de la cultura china, así como el significado de la democracia». Al reconocer que las lentes culturales influyen en la comprensión de la democracia, la especialista indica que pese a los diferentes valores, «la democracia liberal y el confucianismo apuntan a un deseo común de un estilo de formulación de políticas exento de un monopolio».

¹⁴ Ver Sor-hoon Tan, *Is Chinese democracy democracy?*, The Loop, The European Consortium for Political Research

La profesora de Filosofía y directora académica de Política, Derecho y Economía en la Escuela de Ciencias Sociales de la Universidad de Gestión en Singapur, alerta que los conocidos «Tres Principios del Pueblo» de Sun Yat-sen no contienen el término minzhu 民主, la traducción china estándar actual de «democracia». El dirigente histórico del nacionalismo democrático chino tomó explícitamente como modelo las democracias europeas y estadounidenses, fusionándolas con la cultura china milenaria. Lo que, en el momento actual y recreada en el orden constitucional de Taiwán, presenta una idea de democracia china de Sun Yat-sen apoyada en instituciones políticas muy diferentes de las de China continental.

En el fondo, la discusión remite a la rigurosidad conceptual que el estiramiento chino intenta evadir. No se trata de reducirlo a un problema cultural, pues las experiencias de Taiwán, Sudcorea, Japón y otras naciones asiáticas donde el legado confuciano ha estado presente, son democracias sólidas. Hong Kong lo fue hasta hace poco. Repetir las justificaciones culturalistas sobre una supuesta incompatibilidad de algunas naciones y tradiciones con la democracia es mentir. Confundir la variedad y experimentación admisibles por el legado universal democrático para avalar cualquier forma de autoritarismo — incluido el del PCCh — es peligroso. Este debate presenta la doble oportunidad para discutir los valores políticos y epistemológicos de la democracia, y deja claro que los estiramientos conceptuales deben ser señalados y confrontados con la realidad.

La historia humana ha sido, en buena medida, un relato y proceso de disputa entre la política autocrática y la democrática. La primera se sustenta en la noción de un poder concentrado en pocas manos — caudillos y camarillas — y ejercido de modo irrestricto, bajo diversos discursos (ideológicos, religiosos, tecnocráticos) de legitimación y control. La segunda postula que el poder humano debe estar de algún modo desconcentrado y controlado, con una ciudadanía habilitada para ejercer el autogobierno colectivo, eligiendo y sancionando a sus autoridades, expresándose en el espacio público. China, en su historia milenaria, no ha escapado de esa realidad. Su legado de ideas, elecciones y manifestaciones cívicas es notable. En los documentos y actos fundantes de la Organización de las Naciones Unidas estuvo el aporte de pensadores y funcionarios chinos.

Conclusión

Así como nadie puede ignorar que China es el caso más sorprendente de desarrollo económico acelerado de la historia humana — y que eso ha traído beneficios para su población — tampoco es honesto asimilar que su régimen cumple, más allá de ciertos procesos de elección de base y ejercicios controlados de la opinión pública, con estándares democráticos.

Una cosa es revisar críticamente los fundamentos y funcionamientos de cualquier régimen particular — la democracia de EE.UU., por ejemplo, es severamente cuestionada hoy en la propia academia y sociedades abiertas — y otra muy diferente es manipular la realidad y los conceptos con los que la explicamos. Incluso si consideramos que las democracias representativas sufren, dentro de un respeto general por el Estado de derecho, de procesos de corrupción —inherentes al funcionamiento mismo del sistema — y oligarquización del poder — con minorías que abusan de las reglas del juego para perpetuar sus privilegios — la experiencia nos indica que estas democracias son superiores — en respeto a las libertades y agencia de sus ciudadanos y en contrapesos al poder de las élites — a regímenes como el del PCCh.

Entre la universalidad de legados y el estiramiento conceptual hay enormes diferencias epistémicas y prácticas. Autocracia y democracia son fenómenos universales, discernibles, cuyas expresiones y principios admiten y se arraigan en contextos socioculturales diversos. Y es ahí donde deberíamos comprobar si la naturaleza del sistema político chino —con un partido leninista, que excluye la competencia, el pluralismo y la exigencia ciudadana a la rendición de cuenta a sus máximas autoridades— permite realizar tan altas metas del discurso democrático de Xi Jinping. En ese sentido, entre la retórica formal del liderazgo político chino y las realizaciones prácticas de su régimen, hay un amplio trecho.

El déficit democrático del discurso oficial del PCCh no se sostiene en los basamentos teóricos o empíricos de una visión particular, otra, de democracia, supuestamente atenta a las especificidades históricas, culturales o étnicas de una nación milenaria, sino en la ausencia y distorsión de los elementos básicos de la democracia — como régimen político, movimiento social, proceso histórico y modo de vida — reconstruidos y compartidos por la humanidad en sus diversas etapas de desarrollo. No es, pues, un asunto de grado y contexto, sino de vacío y cualidad.

Estamos frente a una realidad y narrativa ¹⁵ que plantean un reto adicional a las democracias en crisis. No se trata tan solo de recuperar el terreno perdido en materia de protección de instrumentos e instituciones democráticas, sino, además, contrarrestar una narrativa anclada en

prácticas de desinformación que está influyendo sobre la percepción global acerca de las causas del deterioro de la democracia.¹⁶

Así como el totalitarismo no puede ser presentado como producto del atraso, toda vez que surgió en una de las más avanzadas naciones de Occidente (Alemania) y en la cuna de la revolución proletaria (Rusia), la democracia tampoco es privativa de una región, cultura o religión supuestamente condenada por la historia a la supuesta eternidad del despotismo. Hoy la practican poblaciones de legado confuciano, cristiano, musulmán y hasta ciudadanos agnósticos. En aquellos sitios donde la creíamos culturalmente ajena y ausente — desde las tribus árabes o africanas a las regiones latinas y asiáticas — ha sido invocada, una y otra vez, a lo largo de los últimos dos siglos. Pese al poder, aparentemente imbatible, de reyes, caciques y tiranos.

La democracia ha resistido amenazas semejantes a la que hoy le plantea el modelo del PCCh. En el período de entreguerras (1918-1939) numerosos intelectuales de Occidente, seducidos por los totalitarismos, vaticinaron el fin del liberalismo enfermo y el triunfo del Estado de partido. Durante la Guerra Fría, las apuestas del comunismo y los nacionalismos periféricos acabaron a la postre superadas por la vitalidad, promesa y realizaciones de la democracia representativa. Las olas de democratización han surgido siempre cuando no se las esperaba. Así ha sucedido en la periferia china en décadas recientes. Nada garantiza que el sistema y sociedad dirigidos por Xi Jinping lo hayan desterrado para siempre del ADN de su gente.

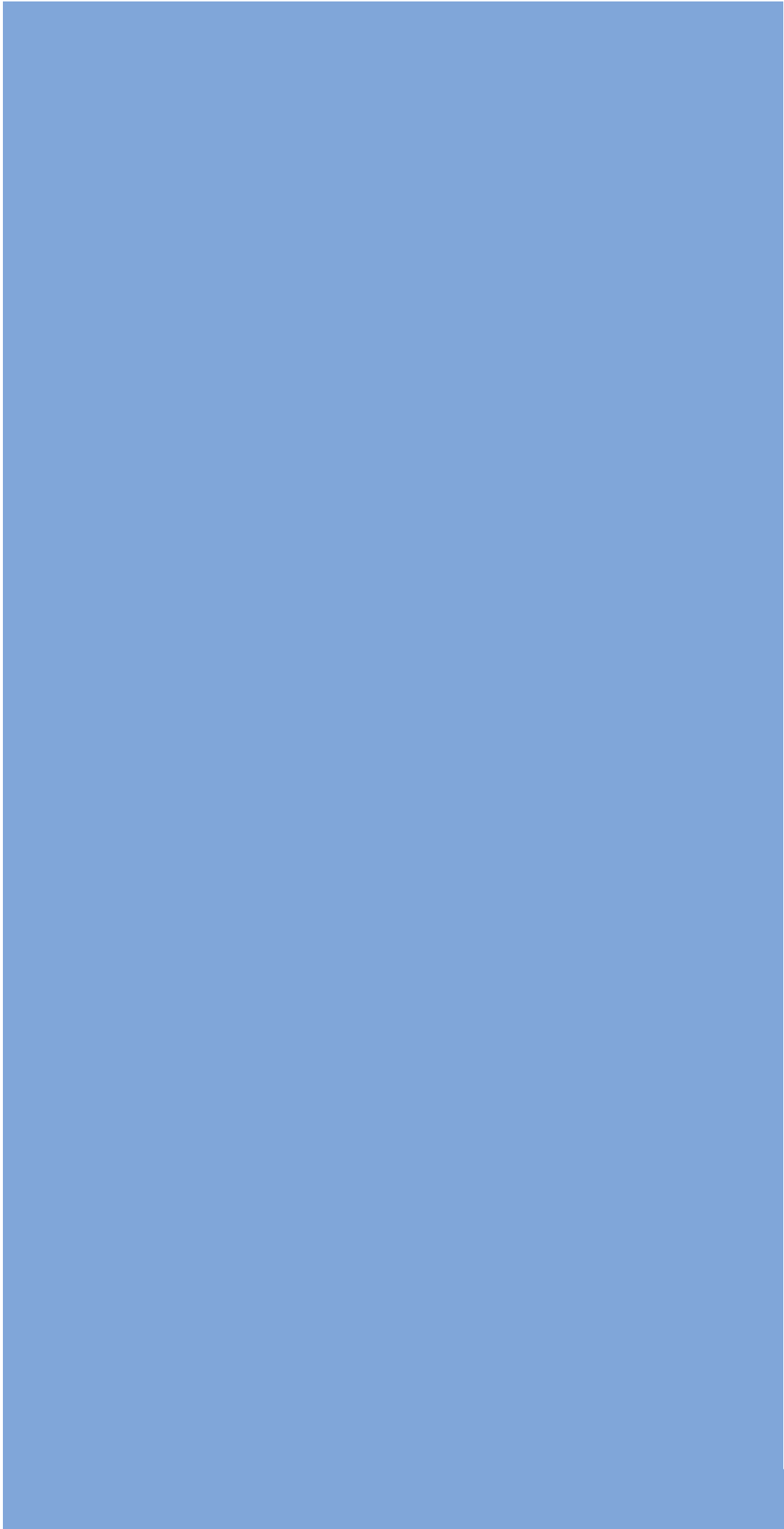
Hay, además, una poderosa razón antropológica para no aceptar la idea del triunfo del modelo chino en aquel país y el mundo. Las personas tenemos diversas necesidades, imperativas y simultáneas, que afectan nuestros procesos biológicos, psicológicos y sociales. A la demanda de seguridad, abrigo y alimento que puede proveer un déspota ilustrado, sumamos unos reclamos de agencia y libertad básicos, resilientes, universales, incapaces de existir sin participación libre de la gente. Una participación ausente en el despotismo ilustrado y modernizante de un partido cómo el PCCh; acostumbrado a hablar por su pueblo mientras le secuestra la voz.

¹⁵ Ver Juan Pablo Cardenal Democracia al estilo chino. <https://dialogopolitico.org/debates/democracia-al-estilo-chino/>

¹⁶ Ver Vanessa A. Boese, Nazifa Alizada, Martin Lundstedt, Kelly Morrison, Natalia Natsika, Yuko Sato, Hugo Tai, and Staffan I. Lindberg. 2022. *Autocratization Changing Nature? Democracy Report 2022*. Varieties of Democracy Institute (V-Dem) https://www.v-dem.net/democracy_reports.html



**DOI: 10.33177/
GAPAC_ChinaLatam_3**



China: estrategias de influencia en América Latina



Max Povse¹

China y el «imperialismo bueno»

Durante la década de los años dos mil diez, la República Popular China (en adelante, solo China) dio un vuelco en su política exterior a partir de la asunción al poder de Xi Jinping, un cuadro del Partido Comunista Chino (PCC) elegido como secretario general como parte de un acuerdo entre las facciones enfrentadas en la cúpula partidaria en 2012. Rápidamente, el nuevo líder demostró sus verdaderas intenciones y comenzó un proceso de revisión profunda que acabó por disciplinar el funcionariado chino para adoptar sus políticas, y causó un corrimiento de los cuadros más identificados tanto con el liberalismo como con el marxismo puro.

Las purgas internas diluyeron el poder de los líderes tradicionales, Jiang Zemin y Hu Jintao, e implantaron el «pensamiento de Xi Jinping» como ideología oficial del Partido y, por extensión, del Estado y la nación china. El fundamento de este «pensamiento» es el nacionalismo en su concepción más clásica, es decir, la política actual de China ya no está guiada principalmente por el compromiso ideológico con el comunismo, por los valores tradicionales confucianos, ni por la apertura económica, sino por el objetivo de restablecer al país como una potencia de alcance global, reverberando tiempos inmemoriales de la China que gobierna sobre «todo bajo el cielo».

Estas ambiciones de tinte imperialista le han dado una impronta asertiva a la política exterior del país, al reemplazar las posturas moderadas y dialoguistas de los líderes que sucedieron a Mao Zedong por un discurso rígido, combativo y agitador que busca, por un

¹ Politólogo. Profesor e Investigador, integrante del Grupo de Estudios sobre Asia y América Latina de la Universidad de Buenos Aires

lado, entusiasmar a los chinos con volver a ser la potencia que gobierna el mundo de manera inconsulta y, por el otro, infundir temor en el resto de los países, que miran cada vez con más precauciones el accionar del gigante asiático. En el contexto de esta gran estrategia, el Gobierno chino ha diseñado una serie de mecanismos para proyectar su poder fuera de sus fronteras, que van desde acciones benévolas tendientes a la cooptación hasta amenazas militares lisas y llanas.

A fin de poder llevar adelante estos mecanismos, no obstante, Xi es consciente de que necesita consolidar su poder hacia dentro y fuera del país, para que sus decisiones no sean pasibles de ser puestas en duda, y así conseguir el objetivo ulterior de modificar el orden mundial para que calce a su justa medida. Esta consolidación viene de la mano de dos fenómenos que se pueden constatar empíricamente en los últimos años. En primer lugar, en lo que hace a los asuntos internos, Xi ha profundizado la tendencia totalitaria del régimen hasta convertir al Estado-partido en una suerte de «Gran Hermano» que vigila y controla constantemente no solo las acciones, sino también las mismas opiniones de los ciudadanos. Esto ha sido posible gracias al desarrollo de tecnología de última generación que incluye sistemas de reconocimiento facial y de objetos utilizando inteligencia artificial y que, a su vez, están conjugados con la más vasta red de cámaras de vigilancia del mundo.

En segundo lugar, hacia el exterior, China juega a una suerte de «policía bueno/policía malo», es decir, en su papel autopercebido de potencia hegemónica, ofrece sus servicios económicos para ayudar a los países del Sur Global a desarrollarse, así como sus aportes políticos a fin de blindar a los regímenes cuestionados por sus comportamientos éticos en la escena internacional. Sin embargo, también recurre a la intimidación a través de medios diplomáticos — pero también militares — cuando los países se resisten a su «ayuda». Esto es más que claro en la región del Indo-Pacífico, el «patio trasero» de China, en el que, como tal, se comporta como si fuese su territorio, intimidando militarmente no solo a países sobre los que tiene pretensiones irredentistas, como Taiwán, sino también a vecinos a los

que desea privar de gran parte de sus territorios, como los países litorales del Mar de China Meridional, India, Japón, entre otros.

Aun cuando estas acciones se encuentran fuera de todo marco legal y violan flagrantemente las normativas internacionales, la China de Xi Jinping es un Estado-partido cuyo fundamento ético es que «el fin justifica los medios». En este sentido, para que China vuelva a su estatus de potencia imperial con dominio indiscutido sobre el mundo conocido, no existen limitaciones en los mecanismos a utilizar y, por lo tanto, todas las herramientas no solo del Estado, sino también de la sociedad, deben ser puestas a disposición de los objetivos nacionalistas. Todo ello parece curiosamente justificado en los ojos del PCC que, así como justificó en el pasado las masacres del Gran Salto Adelante, de la Revolución Cultural y de la Plaza de Tiananmén, hoy justifica el genocidio contra el pueblo uigur en un intento por seguir «el manual del dictador del siglo XX», que estipula que cuanto más homogénea es una sociedad, tanto más fácil es controlarla.

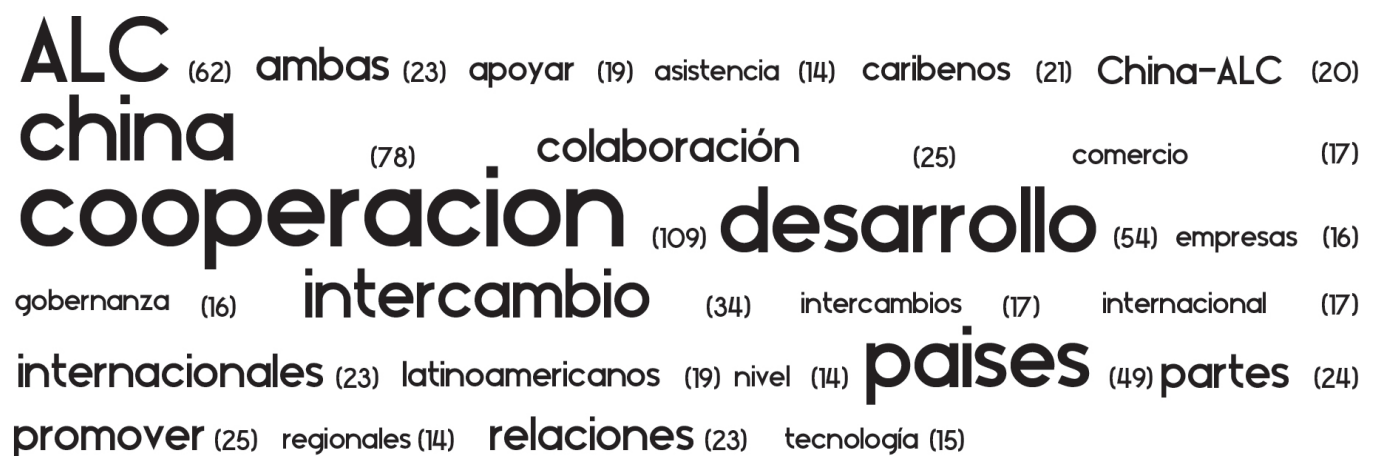
La Iniciativa de la Franja y la Ruta o la nueva tierra prometida

En este contexto de política asertiva expansionista, las acciones de China no se limitan a su vecindad inmediata, sino que su *modus operandi* se replica alrededor del mundo, inclusive en sus antípodas, América Latina. Tradicionalmente considerada como «el patio trasero» de Estados Unidos, los países latinoamericanos poseen una significación especial para China, así como también la tenían para con la Unión Soviética y su sucesora, Rusia. Es que poseer aliados en la región implica una doble ganancia: por un lado, se hace pie en una región ajena, y por otro se gana un activo con el cual se puede influenciar al resto circundante y chantajear a Estados Unidos.

Para ello, China ha planificado ya dos veces su estrategia general para con América Latina: la primera vez a través de un libro blanco en 2008, y luego a través de su reedición en 2016. Si bien en ambos casos el lenguaje utilizado es similar—medido, optimista y propositivo—, la versión que supervisó Xi hace mucho más hincapié en

el concepto de «cooperación», pero menciona a China más que a la región receptora del mensaje, como se demuestra en la figura 1. Si bien *a priori* el análisis lexicográfico no arroja conclusiones que excedan el típico discurso chino sobre el «beneficio mutuo», es a través de su contraste con la política exterior que efectivamente se llevó a cabo para con los países latinoamericanos donde se puede arrojar luz sobre la intención del libro blanco. Para ello, no se puede obviar el papel que tiene el megaproyecto que ha signado la administración de Xi.

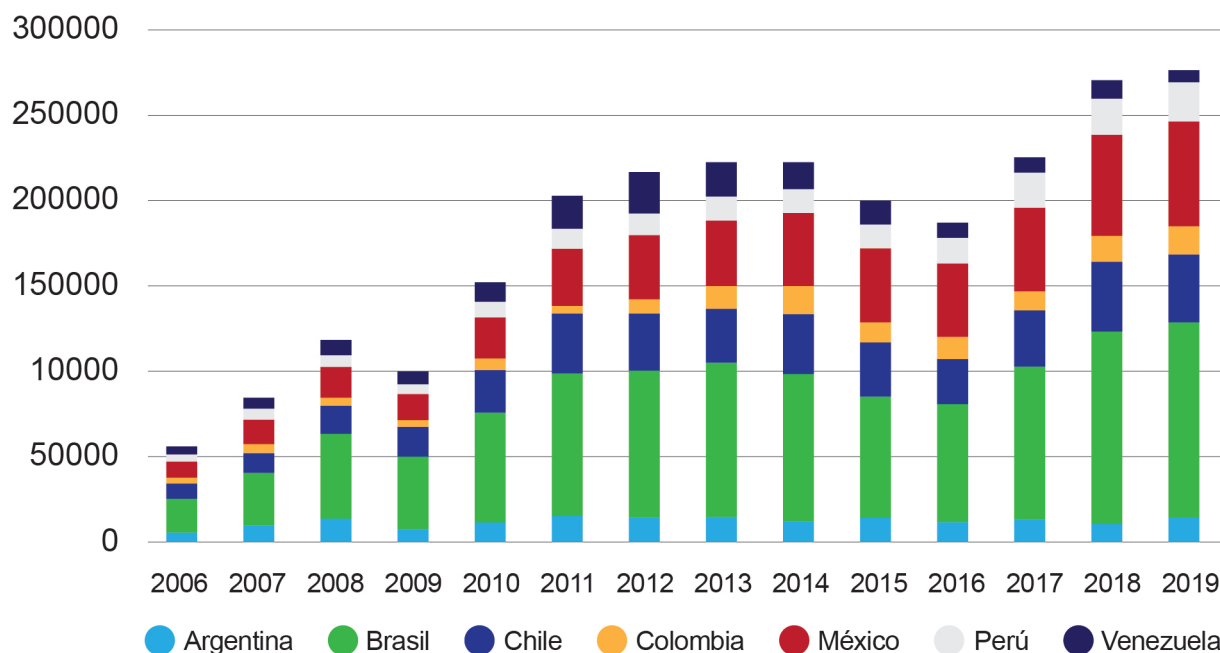
Figura 1
Nube de palabras del libro blanco de China
sobre América Latina de 2016



Fuente: elaboración propia en base al Documento sobre la política de China hacia América Latina y el Caribe del Foro China-CELAC.

En este sentido, América Latina se convirtió en uno de los ejes de la Iniciativa de la Franja y la Ruta de la Seda, un término paraguas que incluye cualquier proyecto económico, político, social o cultural de China en el exterior. El nombre no es casual, en tanto evoca a la ruta comercial histórica que vinculaba a China con Occidente, hoy representado no solo por Europa, sino también por el Nuevo Mundo. De esta manera, ampliar la Nueva Ruta de la Seda hacia América Latina resulta en la extensión natural de un proyecto que busca revivir glorias pasadas en un presente complejo y globalizado.

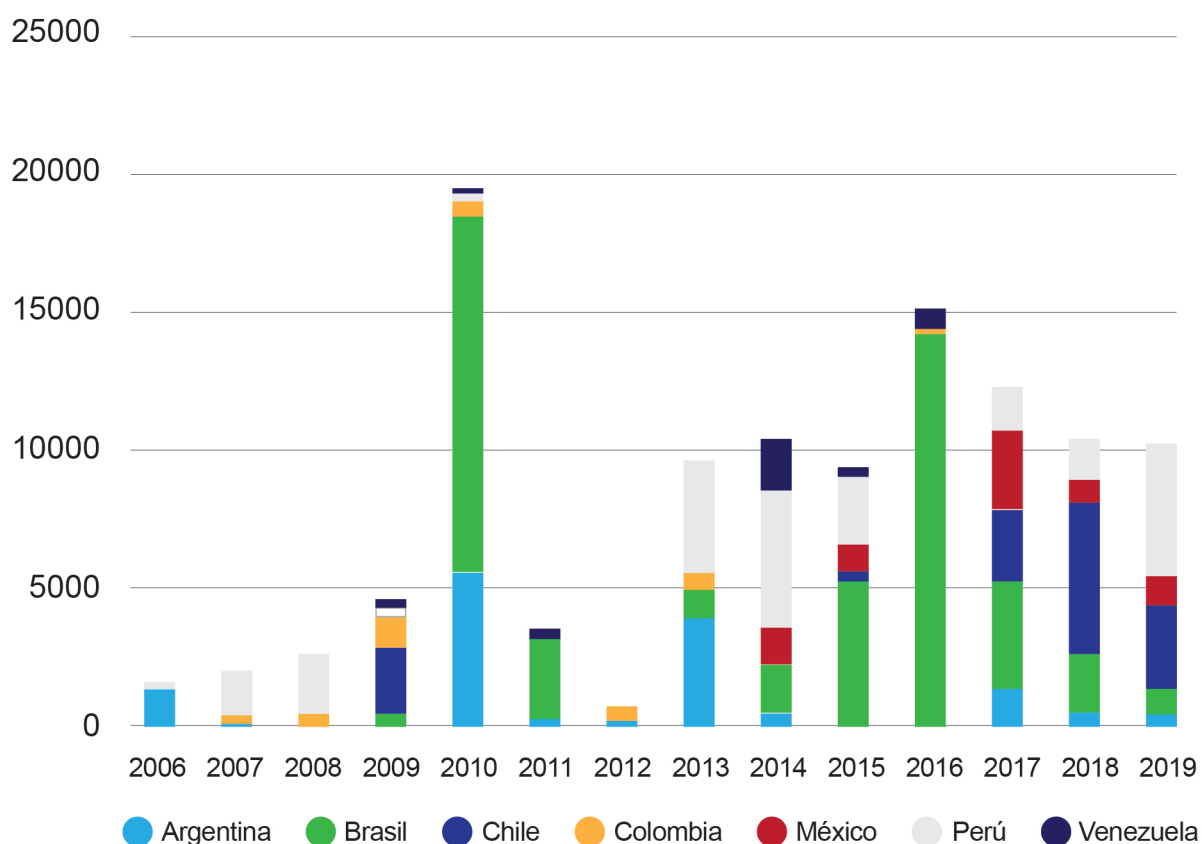
Gráfico 1
Flujo comercial de bienes con China en millones
de USD nominales



Sin embargo, los proyectos de la Iniciativa no vienen solos: el comercio en muchos casos genera balanzas deficitarias que drenan divisas de las ya frágiles economías mal administradas de la región; las inversiones directas generan oficinas regionales que responden a sus dueños chinos que, por más obligación que gusto, deben reportar ulteriormente sus actividades al Partido y, en casos extremos, otorgarle espacio para llevar actividades de vigilancia; las inversiones en infraestructura, que generan trampas de deuda alrededor del mundo poseen efectos aún más nefastos en América Latina, toda vez que gran parte de las contrataciones las hacen Gobiernos con poco interés por el bienestar de las comunidades locales y el medioambiente; asimismo, la cooperación financiera ha sumido a países como Venezuela en una dependencia monetaria tan fuerte que ha llevado a que el país deba pagar en especie las deudas contraídas a tasas usurarias con los bancos chinos, mientras que los *swaps* de moneda solo han servido para distraer las miradas, toda vez que no se comente que su uso efectivo es de casi imposible cumplimiento, dadas las regulaciones impuestas por el Banco Popular de China.

Fuente: elaboración propia fundamentado en la base de datos *Comtrade* de la ONU.

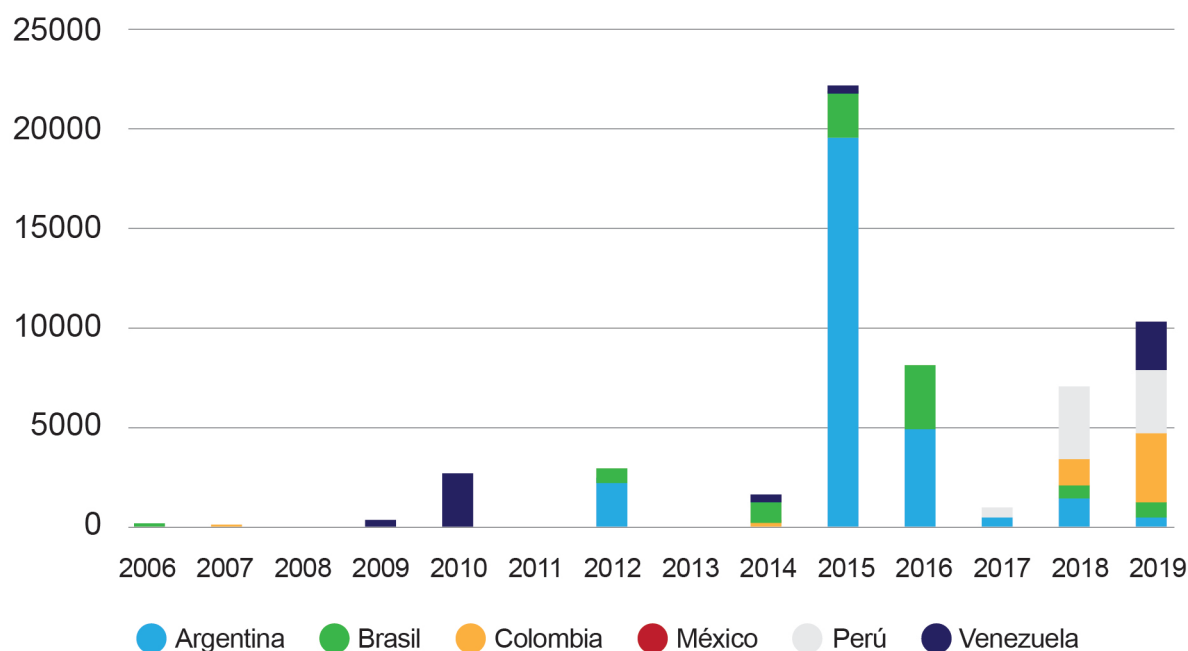
Gráfico 2
Flujo de IED china en millones de USD nominales



Fuente: elaboración propia en base al *Monitor de la OFDI china en América Latina y el Caribe* de la REDALC-China.

No obstante, todos estos efectos nocivos están lejos de ser compensados por los beneficios de aumentos sostenidos en la cooperación económica. En su lugar, como muestran los gráficos 1, 2, 3 y 4, las relaciones económicas con China han crecido a un ritmo mucho menor y, se han estancado o hasta se han contraído en los últimos años. Esto responde no solo a la desaceleración general que padece la economía china –toda vez que ha alcanzado el estatus de una economía de ingresos medio-altos, y con ello se adentra en «la trampa de las clases medias»–, sino que también tiene que ver con el pragmatismo de los empresarios chinos que, presionados por demostrar números positivos, deciden replegarse de mercados riesgosos, como los latinoamericanos, más aun en la medida en que retroceden los Gobiernos populistas que alguna vez les garantizaron ganancias exorbitantes a costa de las arcas estatales.

Gráfico 3
Monto de los proyectos de infraestructura contratados a empresas chinas en millones de USD nominales



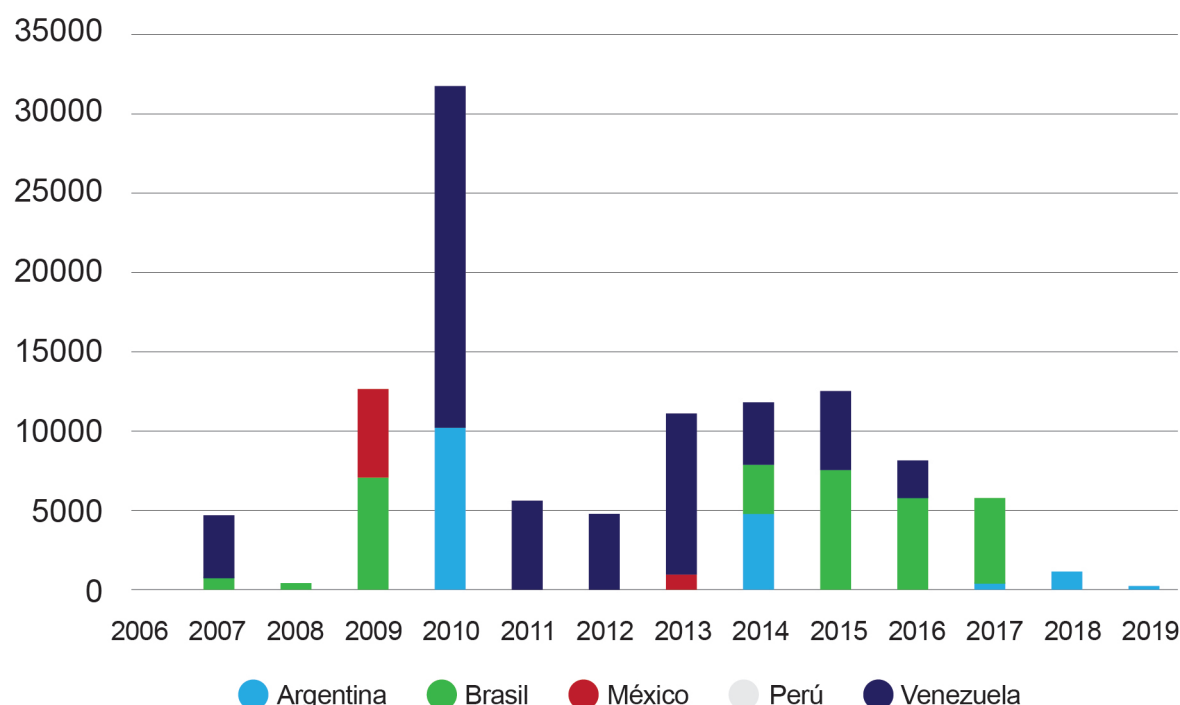
A esto se suma que la propia realidad económica china le ha hecho replegarse sobre sí misma, y busca potenciar su mercado interno y las inversiones en recursos estratégicos en su propio territorio y en el de sus aliados incondicionales. A partir de ello, se ha construido el relato del «modelo económico chino» como un sistema a imitar, perdiendo de vista que el «milagro asiático» del crecimiento económico acelerado y sostenido no es una invención del régimen chino, sino de las democracias asiáticas que generaron las condiciones de competitividad para consolidar sus mercados internos robustos. Ello se evidencia tempranamente en Japón, en los tradicionales Tigres Asiáticos (Corea del Sur, Hong Kong, Singapur y Taiwán), y también en los nuevos Tigres Asiáticos: Filipinas, Indonesia, Malasia, Tailandia y Vietnam, de los cuales solo este último posee un régimen similar al chino.

Fuente: elaboración propia en base al *Monitor de la OFDI china en América Latina y el Caribe* de la REDALC-China.

Sin embargo, China no es Rusia, y ello implica que no está dispuesta a sacrificar cuantiosas sumas de dinero para sostener experimentos políticos fallidos. Esto se ve claramente con la merma de préstamos soberanos a países latinoamericanos en los últimos años por parte de bancos estatales chinos, que funcionan como la extensión financiera del Estado-partido. Un claro ejemplo de esta dinámica en nuestra región se encuentra fácilmente con la extinción de los préstamos a Venezuela, una vez que el Gobierno chino se dio cuenta de la insolvencia del régimen madurista. En este sentido, China ha mostrado la verdadera naturaleza de sus objetivos estratégicos, ya que ha utilizado los préstamos soberanos para generar una dependencia económica, y no a modo de salvataje como otros mecanismos de asistencia financiera contemplados en el sistema de Naciones Unidas. Así, al constituirse en único acreedor, el régimen chino es capaz de imponer unilateralmente sus demandas a los países endeudados, que no poseen posibilidad de negociación alguna luego de firmar los acuerdos.

La ampliación de la serie de datos no hace más que sostener esta hipótesis, toda vez que la crisis económica desencadenada con los confinamientos de la pandemia generó una retracción generalizada de los capitales chinos que, respondiendo a las presiones del régimen, fueron repatriados por firmas privadas y estatales por igual, para evitar una figura de crecimiento negativo en 2020. Este fenómeno causó que las balanzas comerciales latinoamericanas se deterioran, mientras que los indicadores chinos mejoraban, dado que traccionó su recuperación económica en la exportación de bienes de consumo, esta vez sin distinción de si los compradores eran países desarrollados o en desarrollo: las metas económicas para sostener la épica de las «tasas chinas» son demasiado pesadas como para pensar en sus implicancias geopolíticas.

Gráfico 4
Monto prestado por parte de bancos estatales chinos en millones de USD nominales



Esta situación se hace más patente al analizar las inversiones directas y en infraestructura y, aún más, respecto al financiamiento soberano. Asimismo, si se toman en cuenta las magras donaciones de equipamiento médico —en muchos casos en mal estado y hasta inutilizable—, y las usurarias operaciones comerciales con las vacunas de los laboratorios chinos (que, curiosamente, son al mismo tiempo las menos eficaces y las más caras del mercado), es posible advertir que el relato construido como método de salvataje ante el repliegue generalizado cae por tierra al enfrentarse a la evidencia empírica. En este sentido, la pandemia dejó al descubierto el verdadero significado del concepto resonante en la diplomacia china que indica que «China trabaja para la comunidad de destino de la humanidad». Tal vez, sería más apropiado rephrasarlo como que «el resto de la humanidad trabaja comunitariamente para el destino de China».

Fuente: elaboración propia en base a la *China-Latin America Finance Database* del Diálogo Inter-Americano.

Extractivismo y extraterritorialidad

La política del «sálvese quien pueda» que adopta China ante la adversidad no son hechos aislados, ni mucho menos espontáneos. Prueba de ello son las tácticas de erosión de soberanía que lleva a cabo de manera constante, en particular en América Latina. Por mencionar algunos ejemplos, el proyecto del canal de Nicaragua, la explotación minera en Venezuela y petrolera en Ecuador y otros países, la Estación de Espacio Lejano en la Patagonia, la base logística polar planificada en Tierra del Fuego, o la pesca irrestricta en las zonas económicas exclusivas de los países de la región, son todas pruebas de una lógica que trasciende lo coyuntural y se enmarca dentro de un plan sistemático de erosión de la soberanía de los sobre países percibidos como demasiado débiles para poder o querer hacer frente a los avances chinos.

En este sentido, dos características recurrentes de la estrategia china son las prácticas extractivas de recursos naturales con solo las mínimas garantías de sustentabilidad —si es que siquiera así lo exigen las autoridades nacionales, regionales y locales beneficiadas por estas actividades—, y la puja por lograr condiciones de extraterritorialidad en actividades *prima facie* inofensivas. Este mecanismo replica los usos y costumbres que el Estado-partido implemente en territorio chino, donde la explotación de los recursos naturales no posee resguardo socioambiental alguno y está supeditada únicamente a la voluntad de aquel.

Así, los emprendimientos en actividades beneficiosas para el desarrollo de los países latinoamericanos, como las industrias hidrocarbúrica, minera y piscícola, o la investigación astronómica y polar, se degeneran en excusas para lograr condiciones de explotación excepcionalmente flexibles y ambientalmente dañinas, y para conseguir atribuciones inconstitucionales de acceso exclusivo sobre partes de territorio latinoamericano. Ello se da muchas veces bajo el patrocinio de las oligarquías económicas locales, más preocupadas en mejorar sus ganancias que en la defensa de la democracia y la soberanía de los países de la región.

En ambos casos es imposible obviar el papel del Ejército Popular de Liberación —las fuerzas armadas chinas—, que a través de los contratos de explotación o investigación logran acceso casi irrestricto en territorio soberano extranjero, una jugada que no solo juega en favor de los intereses chinos al demostrar la impunidad de sus acciones, sino que a la vez compromete directamente a las fuerzas de seguridad y armadas de los países de la región. Este último peligro se ve exacerbado por la adquisición de sistemas de vigilancia chinos por parte de algunos Estados latinoamericanos, dado que la propia naturaleza omniabarcante del Estado-partido chino sobre sus fuerzas armadas y complejos industriales convierte de hecho a cualquier individuo o bien en un potencial agente de inteligencia o mecanismo de espionaje, respectivamente.

Construyendo resiliencias autoritarias culturalmente subvencionadas

Frente a este escenario cada vez más complejo en las interrelaciones políticas y económicas de países periféricos como los latinoamericanos, por un lado, y potencias como China, por otro, es necesario resistir las presiones de establecer análisis simplistas que se limiten a describir las proporciones de correspondencia entre cooperación económica e influencia política. Como se ha mencionado anteriormente, China no mantiene una posición hegemónica en términos económicos en América Latina, y mucho menos existen correlaciones directas entre balanzas comerciales, inversiones, préstamos y regímenes políticos. La región presenta claros ejemplos de democracias plenas como Chile, Uruguay y Costa Rica que mantienen fortísimas relaciones económicas con China, mientras que regímenes autoritarios como Venezuela o Cuba hasta hace pocos años comerciaban primordialmente con los Estados Unidos, y Nicaragua solo estableció relaciones formales con China hace unos pocos meses.

En su lugar, es fundamental resaltar el impacto de las tácticas diplomáticas más sutiles que China viene implementando desde hace décadas, desde la promoción de becas para estudios hasta la exigencia de que la apertura de los Institutos Confucio sea dentro de instituciones de educación superior. Al analizar más de cerca los

efectos de estas políticas a simple vista inofensivas, es posible dilucidar la estrategia de poder blando— o, para ser más exactos, de poder agudo— que las sustenta. Ello se constata no solo con el éxito de las propuestas de movilidad estudiantil, sino con beneficios ulteriores, como la formación de asociaciones de exbecarios de China, que cumplen una función fundamental en la formulación de los planes de estudios chinos en la región, siempre con una perspectiva laudatoria. En este sentido, la incipiente academia sinológica latinoamericana se ha apoyado en los aportes financieros de las universidades chinas tanto para su formación como para el desarrollo de las carreras académicas en América Latina.

En este contexto, gran parte de los académicos formados en China retornan a América Latina como portavoces de las bondades de la vida en el país oriental, contribuyendo consciente o inconscientemente a la apología del autoritarismo del régimen comunista chino. De esta manera, y en tanto los círculos sinológicos continúan siendo acotados y endogámicos, estos discursos se replican y potencian, para luego ser transmitidos a las nuevas generaciones de sinólogos formados en América Latina. Además del efecto en el sistema educativo superior, este fenómeno tiene un impacto que sobrepasa el esoterismo académico y resuena en los discursos populares, dada la continuada fascinación con el exotismo que continúan replicando algunos medios masivos de comunicación, según los cuales las únicas voces autorizadas son aquellas que han recibido el beneplácito del Estado-partido chino.

Por último, vale rescatar el imaginario que se ha construido en las redes sociales a partir de la intervención activa del aparato burocrático-partidario chino, que influencia activamente a miembros de la diáspora a través de redes como Weibo y WeChat, mientras que replica su estrategia por medio de tácticas más sutiles en la población general a través del resto de las redes sociales. Así, a través de la

continua publicación de contenido apologético, que incluye demostraciones culturales, pero que se centra en los logros económicos y suprime por completo cualquier referencia a asuntos ético-políticos, se ha logrado conformar cierto nivel de opinión pública que identifica al régimen chino con el «progreso económico y el futuro». De esta manera, el Estado-partido es capaz de legitimar la noción de que el autoritarismo es una vía alternativa, y que las nociones tradicionales de orden público no solo son deseables sino necesarias —y hasta prioritarias— para lograr el objetivo ulterior de «una vida mejor», aun cuando se identifica a esta solo con la acumulación material, y en pos de conseguirla se apruebe la supresión de las libertades y garantías individuales.

En este sentido, conscientes de que mayores afluencias de capitales no son suficientes para trastornar el ideario ético-político de las sociedades occidentales de los países en desarrollo, la estrategia cultural en América Latina ha sido mucho más efectiva. Así, de mínima, el Estado-partido ha logrado establecer un discurso alternativo al democrático, que se ampara en el relativismo cultural para justificar las atrocidades del régimen, arguyendo que mientras lo que se busque es el «bien común», cualquier acción contra las libertades individuales se encuentra justificada. Esto abre la puerta para la implantación de un segundo discurso: «si en China funciona, en tu país también».

La apelación a la replicabilidad del modelo de desarrollo chino en base a sus características políticas constituye así una alternativa discursiva atractiva para las clases medias latinoamericanas, desilusionadas con Gobiernos corruptos y con el estancamiento económico. La noción de que «el modelo chino funciona» se convierte así en el principal aporte del Estado-partido comunista chino no solo a los regímenes autoritarios ya establecidos, sino, y tal vez más preocupantemente, a los aprendices populistas en países democráticos que, al replicar este discurso, son capaces de atraer a electores desinteresados en las propuestas de la izquierda clásica latinoamericana.

¿Una potencia alternativa?

Hasta aquí se ha analizado a vuelo de pájaro la relación que China ha desarrollado para con América Latina en los últimos años en función de sus propios intereses, y con especial atención a los aspectos políticos, económicos y culturales de la relación. No obstante, y en la medida en que nos encontramos insertos en un sistema internacional crecientemente relacional, es decir, en el que los términos y los posicionamientos absolutos han perdido relevancia en función de las actitudes relativas de los actores entre sí, merece la pena mencionar la respuesta de América Latina frente al escenario cambiante que aminora la influencia estadounidense y amplifica aquella de las potencias revisionistas.

En este sentido, la retórica de la diplomacia china se ha centrado en los últimos tiempos en una estrategia bifronte. Por un lado, los diplomáticos apostados en Occidente se han convertido en «lobos guerreros» que han adquirido una notoriedad pública inusitada para un servicio exterior acostumbrado a los formalismos ceremoniales y un papel de neutralidad. No obstante, el pensamiento de Xi Jinping contempla que la diplomacia no debe cumplir solo la función de representación del Estado, sino también —y más importante—, debe ser defensora del modelo chino, principalmente en Occidente. Así, una serie de diplomáticos prominentes se han convertido en portavoces partidarios encargados de señalar los defectos de las democracias occidentales ante cualquier denuncia que se haga del régimen chino.

Por otra parte, el flamante *Libro Blanco de la Democracia* arroga un nuevo objetivo a los altos cargos de la diplomacia: la defensa del argumento de que China no solo es democrática, sino que es más democrática que Occidente. Esta doble estrategia de ataque a los países occidentales (particularmente los norteamericanos y europeos), sumada a la retórica de una China democrática, plantea el es-

cenario para una política exterior pasivo-agresiva que se encarga de defenestrar al otro, a la vez que reivindica los logros propios. Claro está, ello no es una característica propia de China, pero la tergiversación de los hechos y conceptos a los cuales esta diplomacia se ha adaptado, hace pensar que no se trata de un Estado con ambiciones de ser la nueva superpotencia global, sino que es un país con una clara conciencia de sus faltas, que además se siente acorralado por las denuncias que provienen del exterior y que, por tanto, construye una narrativa a la cual acudir no solo para excusarse, sino principalmente para refugiarse y, si es posible, persuadir a quienes gusten de una excusa para vilipendiar a las potencias tradicionales.

De este modo, China se plantea como una alternativa frente a las potencias que reverberan episodios desplacientes para los latinoamericanos, desde el colonialismo hasta el Consenso de Washington. Así, el uso acrítico de la memoria funciona como una herramienta de poder agudo que apela a la izquierda latinoamericana, pero también a partidos de derechas nacionalistas, y especialmente a los populismos que se construyen en torno a la opresión de otros tiempos. De esta manera, China se postula como reivindicadora de los derechos humanos frente a las potencias occidentales que otrora se abocaron a violarlos sistemáticamente en la región.

Pero el recurso de retrotraerse al pasado es un indicador de que la diplomacia china ya no posee muchos argumentos positivos para atraer a las dirigencias latinoamericanas, ni tampoco para desacreditar a las potencias tradicionales, hoy más enfocadas en sus problemas internos y en realizar reparaciones para sostener su imagen, que en ampliar su influencia sobre los países periféricos. Por ello, la postulación de China como un «gran país responsable que se enfrenta a las injusticias de otros poderes globales enfocados solo en satisfacer sus tendencias imperialistas» no resiste una contrastación severa, dado que es un discurso basado en una imagen idealizada del gigante asiático —que, como se demostró, es en verdad mucho más débil en términos políticos y económicos de lo que publicita—, frente a una imagen anacrónica de unos presuntos enemigos que solo se proponen saquear territorios ajenos.

China demuestra así, a partir de la presentación distorsionada que hace de la contemporaneidad basada puramente en los crímenes históricos, que en verdad no se plantea ejercer el papel de benefactor de los países del Sur Global que se arroga discursivamente. En su lugar, busca deponer un orden global liderado por Occidente para reemplazarlo por uno de su propia hechura basado en la idealización del histórico sistema de vasallajes y suzeranías que la posicionaba en el centro del mundo conocido, y para ello echa mano a las herramientas retóricas que mejor redundan entre los países que considera poco más que despojo a repartir.

Ante ello, debe recordarse que no existe algo así como una «potencia benévola», sino que existen potencias en sí y, por lo tanto, Estados con un excedente de recursos que se dedican a la expansión de su influencia. China no escapa de esta lógica, y en la era de la informatización hace uso del recurso más valioso: la difusión de discursos biensonantes. Ello se evidencia a través de la propaganda de agencias de comunicación estatales como *Xinhua* y CGNTV, que se dedican expresamente a criticar el liberalismo en América Latina, resaltan las «bondades» de la retórica oficial china, y a la vez que reproducen los discursos de los Gobiernos autoritarios de la región, bajo el falso disfraz de neutralidad.

A partir de esto, se puede observar que China se autopercibe una potencia que viene solo a beneficiar a los países de región, pero con ello no logra ocultar sus verdaderos deseos de establecer su hegemonía sobre ellos. Con este fin, busca crear el mejor escenario para un régimen autoritario en expansión: poseer interlocutores que también sean autoritarios y compartan el desdén por las libertades individuales que tanto le incomodan en su propio país. Ante el peligro que esta estrategia suscita, solo una defensa coordinada de los diferentes actores de las democracias latinoamericanas puede salvarlas de caer en la trampa que ha tendido el Estado-partido comunista chino para consolidar su poder en la región.





Gobierno y Análisis Político AC
Facebook, instagram y YouTube:
Gobierno y análisis político ac
Twitter: Gobierno y ap
e-mail: info@gobiernoyanalisispolitico.org